

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario
N° 4

Abril de 2014

Suplemento a

«el programa comunista» N°50

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF; 1'5£ /

América del Norte: US \$ 2 /

América Latina: US \$ 1'5

Crisis política, crisis económica y crisis proletaria

En España se gobierna mediante la crisis. Todos, desde el partido en el gobierno hasta el último de los llamados interlocutores sociales, tienen la crisis en el centro de todas sus intervenciones públicas, sus discursos o sus artículos. Y no únicamente la crisis económica, es decir, la crisis capitalista que desde hace seis años arrasa el país de la misma manera que lo hace con el resto de potencias imperialistas en Europa y América, sino también la crisis política, la crisis de gobierno o, en su versión más extrema, la supuesta crisis del régimen. Se gobierna mediante la crisis como hace una década se gobernaba mediante el terrorismo, como inicio y fin de los pretextos publicitarios con los que la burguesía desarrolla su gobierno. Y este gobierno, es siempre gobierno contra el proletariado. En nombre de la crisis se

llama a los proletarios a aunar fuerzas junto a la clase burguesa para sacar al país de la ruina económica, se llama a los trabajadores con empleo a sacrificar parte de su salario para permitir que la empresa salga adelante o se llama a los trabajadores desempleados a aguantar el duro trance por el que pasan porque ya se intuye la salida de la crisis. Y, en nombre de la crisis, la oposición parlamentaria exige la dimisión del gobierno, la extrema izquierda extra parlamentaria habla de la crisis del régimen, las burguesías nacionalistas critican la Constitución de 1978, que estaría también en crisis. Unos y otros, con la crisis como bandera llaman al proletariado a colaborar de una manera u otra con la salida de la crisis, abandonando cualquier perspectiva de lucha independiente en defensa de sus intereses de clase para

buscar una u otra salida, siempre en el marco del respeto a la democracia y la defensa de la nación.

1. CRISIS, COMPETENCIA Y GOBIERNO.

Existe una crisis y existen los efectos de esta crisis. El primero y más evidente de estos efectos, es la creciente ingobernabilidad del país. Los casos de corrupción aparecidos en el último año y que afectan a la Casa Real, al gobierno del Partido Popular, a la Unión General de Trabajadores, al Partido Socialista y a un largo etcétera, se suman a las crecientes reivindicaciones de las burguesías nacionalistas vasca y catalana, que buscan rentabilizar lo máximo posible los resqui-

(sigue en pág. 2)

La vía tortuosa hacia la reanudación de la lucha de clase

El proletariado padece hoy unas condiciones de existencia cuya dureza únicamente es comparable a la terrible dificultad que encuentra a la hora de romper las cadenas que le atan a la práctica de la colaboración entre clases, que significa únicamente la sumisión a las necesidades de la burguesía y de la economía nacional. Esta es la realidad, tan cruda como resulta de su exposición, la realidad que padece hoy la clase proletaria. Mientras la crisis capitalista causa estragos, reduciendo su existencia a la mera lucha por la supervivencia, arrasando cualquier estabilidad y garantía de futuro aún a corto plazo, el impulso a la lucha que resulta de esta

situación se encuentra encorsetado y embriado por los agentes de la burguesía (partidos falsamente obreros, sindicatos colaboracionistas, organizaciones de caridad, etc.) para conducirlo hacia el terreno de aceptación de un terreno de enfrentamiento en el que, privado de sus armas de clase, el proletariado se ve derrotado una y otra vez.

Toda la política de los sindicatos tricolores¹ y de los partidos que se reclaman representantes de la clase proletaria está encaminada a recoger el creciente malestar que se vive en los centros de trabajo y en los barrios

(sigue en pág. 4)

EN ESTE NÚMERO

- Huelga de trabajadores de los servicios de limpieza urbana en Madrid.
- A la muerte de Santiago Carrillo (2ª parte).
- Notas sobre el sindicalismo a base múltiple.
- ¡Abajo el imperialismo francés! ¡Abajo la intervención imperialista en República Centroafricana!
- Lampedusa, puerta de un mediterráneo que el capitalismo ha convertido en un infierno para centenares de miles de inmigrantes proletarios, de desheredados y de prófugos provenientes de países devastados por la miseria, el hambre, las guerras de rapiña y la violencia de cualquier tipo.
- Vida de partido.

Crisis política, crisis económica y crisis proletaria

(viene de la pág. 1)

cios legales que tanto la Constitución como el desarrollo de la legislación autonómica les permitirían. En estos efectos de la crisis vemos, simplemente, el agravarse la competencia entre las distintas facciones de la burguesía que, en época de receso económico, cuando ni sus negocios locales ni sus ambiciones exteriores pasan por una buena racha, luchan entre ellas para asegurarse un reparto de los beneficios extraídos mediante la explotación salvaje del proletariado en detrimento de los que hasta ayer parecían ser sus aliados.

La esencia del capitalismo reside en la competencia, que se deriva inmediatamente del imperio del trabajo asalariado y la propiedad privada que rigen en él. Esta competencia aparece de la manera más nítida entre los proletarios, que se ven continuamente obligados a luchar entre ellos por el trabajo que les garantiza un salario, por las prestaciones sociales que hagan algo más ligera la simple supervivencia o por cualquiera de los recursos imprescindibles para la existencia en el mundo capitalista. De hecho esta competencia que se hacen los proletarios entre sí es el arma más poderosa con que cuenta la burguesía para asegurar su dominio de clase, porque le permite imponer la necesidad de beneficio contando con que no existirá, prácticamente en ninguna ocasión, una respuesta por parte del proletariado que sufre y padece más agudamente esta exigencia. Pero la competencia también existe entre la propia clase burguesa. Compite con sus negocios por llevarse una parte mayor de las ganancias que su rival, compite entre regiones por imponer la primacía de una de ellas con el fin de controlar recursos necesarios para la producción y, finalmente, compite con las burguesías de otros países por acaparar los mercados, realizar las inversiones más rentables o hacerse con las zonas geoestratégicas más importantes. Así, en la paz (que en el mundo capitalista sólo es la antesala de la guerra) como en la guerra más brutal (como lo fueron las carnicerías imperialistas de 1914 y 1939 y lo son y serán las guerras locales y mundiales que están por venir) la competencia acompaña en todo momento a la burguesía como su razón de ser.

La competencia se encuentra, por lo tanto, en el origen de la crisis capitalista como se encuentra también en su desarrollo y en el exacerbamiento de sus fenómenos más visibles. Se encuentra en el origen porque es la naturaleza anárquica de la producción capitalista la que

conduce a crisis de una envergadura cada vez mayor. La búsqueda del beneficio a través de la extracción de plusvalía del proletariado es realizada por unidades empresariales aisladas y rivales entre sí (lo mismo da que tengan mayor o menor tamaño: su naturaleza es equivalente) en el marco de la propiedad privada de los medios de producción y de la apropiación privada de los productos. La competencia es, de esta manera, el revulsivo que lleva a las empresas, ya sean estas pequeñas sociedades con dos, uno o ningún empleado o grandes monopolios estatales, a luchar contra el rival por mantener la tasa de beneficio constante, incrementando su capacidad productiva (ligada al capital constante) que ha de ser engrasada con la explotación de los proletarios, hasta volver imposible el mantenimiento de la rentabilidad necesaria con la que se deben continuar los negocios, desatando las crisis de sobreproducción que el marxismo ha señalado siempre como inevitables bajo el modo de producción capitalista.

La competencia se encuentra también en cualquier aspecto social de los que rodean a la crisis capitalista. Y esto porque acompaña en todo momento como determinante al conjunto de las relaciones sociales en la sociedad capitalista. Cuando estas se encuentran tocadas por los periodos de crisis, la competencia se vuelve más aguda y más violenta, hasta puntos extremos, la rivalidad entre los adversarios, caracterizando perfectamente la guerra del todos contra todos en que el capitalismo ha convertido la vida social.

En el caso de las crisis de gobierno, como es aquella en la que España vive desde que comenzó la crisis económica, el fenómeno consiste simplemente en que la representación política de la burguesía, o de la parte de ella que predomina respecto al resto, no logra conciliar los intereses de las diversas facciones que ahora se encuentran más enfrentadas que nunca por una parte de la riqueza nacional que les garantice su supervivencia. Si el gobierno detenta la dirección del Estado y este es «*el consejo de administración de la burguesía*» cuando en este consejo de administración estallan las hostilidades entre sus componentes, el gobierno se muestra incapaz de ejercer el control temporal que le ha sido asignado. Las burguesías nacionalistas exigen más autogobierno, que esencialmente significa más autonomía recaudatoria en el terreno tributario; las distintas corrientes del partido en el poder se disgregan, defendiendo como defiende cada una los intereses de

un sector concreto de la burguesía; la misma cabeza del Estado es puesta en cuestión. Estos son los síntomas de una crisis que no tiene ni su inicio ni su fin en ellos pero que se manifiesta a través de su puesta en escena con una virulencia cada vez mayor. En este sentido, los casos de corrupción destacados en los últimos tiempos se deben interpretar casi únicamente como llamadas de atención, presiones y ajustes de cuentas entre rivales burgueses.

Lo esencial en este punto es entender el orden de los hechos. Las relaciones económicas existentes determinan la división social en clases antagónicas y la clase dominante, que en la sociedad capitalista es la clase burguesa, ejerce su poder a través de la fuerza política organizada en el Estado que, hasta cierto punto, también cumple el papel de limitar, dentro de los límites que las fuerzas centrífugas que determinan la existencia de las propias clases sociales, el mismo antagonismo existente dentro de la clase burguesa. El recorrido parte por tanto del determinismo económico y llega a la constitución y el desarrollo del Estado: la crisis económica, sin resquebrajar por sí misma los fundamentos de este Estado si llega a afectar a la parte más superficial y accesoria de este, el gobierno que cumple temporalmente las funciones políticas dirigentes en la nación.

La crisis económica determina una crisis social y con ella aparece el fenómeno de la crisis política. Las distintas facciones de la burguesía, que ya pasan grandes dificultades para convivir en tiempos de bonanza, se vuelven cada vez más feroces las unas para las otras y utilizan todos los recursos a su alcance para imponerse sobre sus rivales. Pero de ninguna manera se pueden invertir los términos y considerar la crisis política, que es una manifestación a un determinado nivel de la crisis de la economía capitalista, como una esfera autónoma dotada de vida propia. Es decir, todos los impulsos disgregadores que pueden aparecer, por ejemplo, en torno a la cuestión de la unidad del país, se derivan de las necesidades acuciantes de las burguesías de las distintas regiones de imponerse sobre la burguesía central en un momento en el que el pacto autonómico de la Transición ya no garantiza un reparto de los beneficios que ambas consideren adecuado.

Por lo tanto, todos los aspectos especialmente estridentes de la crisis que en los últimos tiempos se han hecho manifiestos son simplemente una consecuencia de factores que permanecen constantes en cualquier momento del desarrollo histórico del capitalismo y que en estos instantes estallan con una virulencia especial. Si la misma crisis

económica puede verse agravada por ellos es debido a que los factores políticos, institucionales, etc. son un vector que transmite la inestabilidad a cualquier esfera en la que tengan relevancia, pero no a que estos factores se encuentren, en ningún momento, ni en el origen ni en la solución de una crisis que obedece a las leyes de hierro de la economía capitalista.

2. EL PROLETARIADO Y LA CRISIS.

La clase de los proletarios, de los sin reservas, que únicamente poseen su fuerza de trabajo para vender en el mercado y procurarse así la supervivencia [me resulta redundante utilizar estas expresiones cuando no son necesarias, quiero decir que si son en parte sinónimas solo deberíamos usarlas cuando aclaren o para evitar repeticiones pero no como fórmula fija, porque el estilo se hace más pesado], padece la crisis en toda su intensidad. No la sufre como «crisis nacional», es decir, como esa crisis de prestigio patrio con que la burguesía se refiere a las consecuencias de la depresión económica. La sufre como algo bien tangible que destruye sus condiciones de vida y pone en cuestión la misma supervivencia personal, arrojándole a los márgenes de la existencia como un paria moderno que, una vez se ha vuelto inútil, es prescindible. En el sistema capitalista el proletariado constituye el motor de una inmensa maquinaria que se alimenta con su vida. La plusvalía que el capitalista extrae de él en el proceso productivo supone la base de la propia existencia del capitalismo y, por lo tanto, este existe mediante la explotación de la clase proletaria. Cuando el ciclo económico atraviesa sus fases depresivas y el capital deja de resultar rentable hasta el punto de que es preferible, según dictan las leyes del mercado, detener la producción antes que realizarlo con la reducida tasa de beneficio que está asegurada, gran parte de la clase proletaria se vuelve un excedente más, como las materias primas o los bienes productivos que ya no resultan necesarios. En ese momento, en lo más profundo de la curva económica, el proletariado aparece como lo que realmente es: un esclavo moderno cuya misma existencia depende, en todo momento, de resultar rentable.

Cuando la burguesía reclama luchar contra el paro, exige realmente que no se desaprovechen los millones de trabajadores en paro que todavía pueden ser explotados si se reducen los salarios, se les recortan las cotizaciones sociales, etc. es decir, reclama que no se dejen sin emplear los preciosos recursos que constituyen la fuente de sus ganancias.

Cuando el proletariado sufre el desempleo sufre realmente el existir como un simple apéndice del capital, aprovechable o no a conveniencia de este. El proletariado existe, en este momento y durante un ciclo histórico que dura décadas y que está marcado por la contra revolución permanente de la burguesía, como clase para el capital.

Sin duda la crisis económica ha generado ciertas grietas en el sometimiento del proletariado al capital. Las altas cotas de miseria que se han alcanzado en apenas cuatro años y que se creían olvidadas desde hace cuarenta han generado una tensión social considerable que, en determinados momentos, ha dañado la pacífica sumisión de ciertos sectores proletarios. Pero, en general, la tónica ha sido la de la aceptación tranquila tanto de las agresiones patronales realizadas en las empresas como de las medidas anti obreras que los diferentes gobiernos han llevado a cabo. Y esto es así porque cuando se afirma que la clase proletaria es, hoy, *clase para el capital*, se hace por la constatación de la existencia de múltiples resortes que mantienen atados a los proletarios a las exigencias de la producción capitalista.

La inercia que implican décadas de colaboración entre clases basada en los amortiguadores sociales que han permitido una existencia medianamente tolerable para partes significativas del proletariado es uno de ellos, si bien estos amortiguadores se ven erosionados de manera continuada por la misma crisis económica, que imposibilita a la burguesía nacional dedicar los recursos que se requerirían para mantenerlos en pie. Por otro lado la fuerza del oportunismo político y sindical, es decir, de los partidos falsamente llamados socialistas o comunistas (tanto los representados en el espectro parlamentario como los que se encuentran fuera de él) y de los sindicatos colaboracionistas, que hacen las veces de gestor de la fuerza de trabajo de acuerdo a las necesidades del capital, es bien palpable entre los proletarios. Ambos factores, los amortiguadores sociales y el oportunismo político y sindical trabajan en el sentido de mantener sometida a la clase proletaria, lo que significa mantenerla en una situación tal que las fuerzas materiales que les impulsan a la lucha por la situación de no tener ni siquiera asegurado el sustento diario, se encaucen de nuevo por la vía de la colaboración entre clases, que significa únicamente que el proletariado supeite sus necesidades, incluso las más inmediatas, a aquellas de la economía nacional, el país, la burguesía en suma.

Y sin embargo, no esta crisis económica, de consecuencias tan dramáticas, la que ha provocado la situación

en la que se encuentra el proletariado en la actualidad. La crisis que más duramente afecta al proletariado es la crisis política y organizativa que padece desde que su fuerza revolucionaria fue destruida con la aniquilación de su partido de clase, comunista, internacional e internacionalista, mediante la contra revolución dirigida por la burguesía y sus aliados estalinistas que lucharon tenazmente por borrar de la faz de la tierra a toda una generación de comunistas revolucionarios y a la misma doctrina marxista.

Lo terrible de la situación que actualmente padece el proletariado en todos los países no reside solo en su situación material. Esta, a excepción de periodos excepcionales de bonanza logrados generalmente mediante la destrucción bélica de las fuerzas productivas y su reconstrucción con altas tasas de ganancia, ha sido la misma desde que apareció en la historia. La tragedia del proletariado, hoy, consiste en el largo periodo que aún le queda hasta que reencontre el camino de la lucha de clase. Un periodo que de ninguna manera será lineal, sino que se verá jalonado de estallidos espontáneos, victorias y, sobre todo, derrotas, de las cuales deberá extraer una preciosa lección: que sólo su fuerza como clase organizada políticamente en abierta oposición al mundo capitalista puede representar alguna garantía de futuro para él. Este duro camino es, sobre todo, el camino del desengaño respecto al papel que juegan y jugarán las distintas corrientes políticas que, reclamándose sus representantes, le fuerzan continuamente a que siga la senda de la lucha en el marco del status quo establecido, respetando sobre todo la más insidiosa de las armas con que la burguesía ejerce su dominio de clase, la democracia.

Para los comunistas revolucionarios este camino tiene su formulación histórica: **el proletariado se constituye en clase, luego en partido político.**

Todas las luchas, desde las pequeñas escaramuzas hasta los grandes enfrentamientos, que el proletariado se verá impulsado a librar arrastrado por las fuerzas materiales que le colocan en la disyuntiva de pelear o dejarse aplastar cada vez más, son luchas que se darán, en última instancia, para encontrar el terreno del enfrentamiento abierto y definitivo con la burguesía y el sistema capitalista. Y este terreno es el de la lucha política por abatir el poder de clase de la burguesía, organizado mediante su Estado, e imponer su dictadura como única vía de aniquilar cualquier resistencia burguesa a la revolución proletaria.

(sigue en pág. 4)

Crisis política...

(viene de la pág. 3)

El proletariado no es la clase revolucionaria porque sea clase explotada, es la clase revolucionaria porque porta en su seno una forma de producción, la socialista, que es la única que puede garantizar a la humanidad un mundo sin miseria, hambre o guerras. Esta forma de producción no triunfará porque la crisis haga desaparecer la forma de producción capitalista sin más, sino porque esta crisis, que engendra más explotación para el proletariado (luego más capitalismo) dará lugar a una crisis social que nada tendrá que ver con las intrigas de palacio que para tantas corrientes autodenominadas revolucionarias indican el «fin del régimen» sino que supondrá la entrada en la lucha del proletariado como clase social con un fin histórico claro y definido: la abolición del sistema basado en la propiedad privada y el trabajo asalariado.

Los comunistas no esperamos esta crisis, que será crisis revolucionaria después de durísimas convulsiones, para mañana y por lo tanto no nos dedicamos a intentar violentar mediante nuestras buenas intenciones la situación. La doctrina marxista es la ciencia que estudia las condiciones de emancipación del proletariado y en ella está prevista la sucesión de las crisis económicas como consecuencia de la misma naturaleza del capitalismo. Nuestro trabajo reside, en primer lugar, en afirmar, con nuestras hoy limitadas fuerzas, el alcance teórico y político de esta doctrina, lo que se encuentra aún en la fase de las *armas de la crítica*. Una fase que deberá dar el paso a la *crítica de las armas* cuando su realidad se muestre de la manera más evidente mediante la lucha, clase contra clase, del proletariado contra la burguesía.

Dónde puedes encontrar

'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102 46010 - Valencia

Traficantes de Sueños

C/ Embajadores, 35
28012 - Madrid

La Rosa del Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj 28001 - Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

Huelga de trabajadores de los servicios de limpieza urbana en Madrid

La huelga indefinida, los piquetes, la lucha contra los servicios mínimos... son medios y métodos de lucha que toda la clase proletaria debe recuperar.

Durante la última semana la huelga de los trabajadores de limpieza viaria y de parques y jardines ha cubierto Madrid de basura, especialmente en los barrios obreros, donde el turismo y la buena imagen de la ciudad no tienen peso y donde el Ayuntamiento y las empresas concesionarias no tienen interés en mantener condiciones mínimas de salubridad, con o sin huelga. Por su parte la patronal, el Ayuntamiento y los medios de comunicación claman contra el *vandalismo* que ejercen los trabajadores en huelga al no respetar los servicios mínimos, destruir los contenedores de basura o atacar el material de transporte de la empresa. De hecho, patronal y Ayuntamiento, claman contra la misma huelga y contra los trabajadores que la llevan a cabo.

Las empresas concesionarias de la limpieza, que han concursado en subasta por hacerse cargo de este servicio, han planteado un ERE que traerá el despido para más de 1.000 trabajadores. Otra opción que plantean es una rebaja de aproximadamente el 40% del salario que cobran los trabajadores, que de por sí no suele superar los 1.000 euros. Ante la perspectiva de los despidos o de la drástica reducción del salario la huelga es una respuesta que busca dañar económicamente a las empresas hasta el punto de hacerlas retroceder en sus planes. Pero la huelga queda completamen-

te inutilizada desde el momento en el cual el Ayuntamiento fija unos servicios mínimos de obligado cumplimiento de un 40% de los efectivos habituales, es decir, prácticamente la mitad de la plantilla. Esta es la realidad de la huelga regulada por ley y aceptada como *derecho* por la patronal y el Estado: una huelga ineficaz, reducida a simple testimonio y que en ningún momento afecte a los beneficios empresariales. De hecho la patronal ya ha afirmado que, en caso de respetarse los servicios mínimos, Madrid podría pasar varios meses sin notar los efectos de la huelga.

Ante esta situación que condena a los trabajadores de la limpieza a la impotencia y a tener que asumir los despidos y las bajadas de salario sin otra opción que la resignación, los métodos con los que se está conduciendo la lucha muestran que los proletarios reaccionan a la impotencia, a la cual han sido constreñidos durante años, con los medios de lucha que, en lo inmediato, les dan la sensación de haber tomado la lucha en sus propias manos y utilizando las vías que dañan en alguna medida a la empresa tratando de debilitar su prepotencia.

A los ataques de la empresa a las condiciones de vida de los trabajadores y a su supervivencia cotidiana se acompaña el sabotaje sistemático por parte de los sindicatos colaboracionistas de la lucha proletaria de defensa inmedia-

La vía tortuosa hacia la reanudación de la lucha de clase

(viene de la pág. 1)

obrer para encauzarlo hacia una protesta estéril, respetuosa con la legalidad burguesa, cuidadosa siempre de no dañar los intereses económicos del país, la Comunidad o la ciudad e incapaz de lograr ni tan siquiera una mínima victoria sobre su enemigo de clase.

Después de cuatro años de huelgas generales periódicas, inmensas manifestaciones en las principales ciudades del país y miles de conflictos aislados en distintas empresas, el saldo para los proletarios es completamente desfavorable. La estrategia es y ha sido clara: utilizar estos medios de lucha, por estar dirigidos hacia objetivos ajenos a los intereses del proleta-

riado y a través de métodos ineficientes, para rebajar la tensión social existente y reforzar la ilusión de que se pueden restablecer los términos de una unidad de intereses entre proletarios y burgueses que la crisis económica habría erosionado pero no liquidado de manera irreversible. No se trata de que la táctica sindical, en el caso de las grandes huelgas generales de los últimos años, haya estado mal diseñada, o de que la política de la oposición de izquierda parlamentaria y extra parlamentaria al gobierno del Partido Popular no haya sabido elegir el camino correcto para combatir las medidas anti obreras que se han tomado desde aquel. Tanto las centrales sindicales, cuyo primer y más importante

ta, con la intención de reducir la respuesta de los trabajadores a una petición lastimera de piedad, volviendo así del todo impotente cualquier acción de huelga que estos sindicatos, vendidos a los intereses del capital, se encuentran objetivamente obligados a proclamar para no perder su influencia al menos sobre una parte de los proletarios implicados. Contra este sabotaje sistemático, los trabajadores pueden reconquistar su fuerza sólo organizándose en defensa exclusiva de sus propios intereses y también impidiendo las acciones de equirolaje con las cuales la empresa y los sindicalistas vendidos al patrón intentan romper la huelga. ¡Los servicios mínimos son ellos mismos un equirolaje preventivo e impuesto por los acuerdos de la burguesía con los sindicatos colaboracionistas! Los piquetes de huelga y cualquier otra acción que los trabajadores en lucha se encuentran en condiciones de realizar para enfrentarse a la presión, al chantaje y el equirolaje con el cual la empresa intenta destruir la lucha proletaria, no son otra cosa que los medios de lucha con los cuales los huelguistas responden al ataque concéntrico de la burguesía, de las fuerzas oportunistas, del Estado, de los medios de comunicación y de los propagandistas de la paz social. Son medios de lucha con los cuales los proletarios en lucha no sólo se defienden de los ataques de la burguesía, sino que, al mismo tiempo, utilizan para llamar a la solidaridad a sus hermanos de clase de otros sectores y empresas, demostrando que no aceptan pasivamente los dictados capitalistas.

Los sabotajes contra los contenedores de basura, los vehículos y otras propiedades de la empresa han procura-

do cierta solidaridad en otros estratos de la clase trabajadora (al margen del discurso televisivo acerca de lo sucia que está la ciudad y el daño que hace esto al comercio y al turismo), solidaridad con la cual otros proletarios muestran que comparten la ruptura de la paz social y de los pactos sindicales que estrangulan la lucha proletaria contra el enfrentamiento que quiere imponer el Ayuntamiento y la patronal entre trabajadores y vecinos.

Los servicios mínimos anulan las huelgas. Atacándolos, los trabajadores de la limpieza, intentando reforzar su lucha, se enfrentan directamente a las empresas y a la ley que está diseñada para defender sus intereses, representando de esta manera un ejemplo también para los otros proletarios.

Para luchar, para defender sus intereses de clase, los proletarios no cuentan con más fuerza que la que les proporciona su número y su organización. La huelga es la vía para ejercer esta fuerza directamente sobre el terreno del enfrentamiento inmediato con sus enemigos de clase. Pero la huelga es un arte. La legislación, el sistema judicial o la policía combaten abiertamente cualquier expresión de fuerza proletaria a través de la huelga permitiéndola sólo dentro de unos márgenes irrisorios (servicios mínimos, preaviso de varias semanas para que las empresas puedan prepararse, ilegalización de las huelgas en solidaridad con otros trabajadores...) Los proletarios, para luchar, deben vencer también esta presión que la burguesía ejerce y ello pasa por romper los límites en los cuales encuadra las huelgas. Los piquetes, los sabotajes, la defensa de las manifestaciones frente a la policía, son medios de lucha que el pro-

letariado utiliza para reconquistar su fuerza real. Una fuerza que podrá ser efectivamente conquistada cuando las amplias masas proletarias tiendan a reorganizarse en asociaciones económicas de clase superando la competencia entre proletarios alimentada deliberadamente por la burguesía y las fuerzas del oportunismo para destruir preventivamente la fuerza de clase proletaria.

La burguesía ejerce una violencia cotidiana contra la clase trabajadora: despidos, desempleo, miseria, salarios de hambre... y reprime a quienes se organizan para resistir a esta violencia; y, en ayuda de la burguesía, las otras fuerzas de conservación social, comenzando por los sindicatos colaboracionistas y de los partidos falsamente obreros, se activan para embridar a la clase proletaria con las prácticas impotentes del sectorialismo, la meritocracia, la paz social, el legalismo, el democratismo, la colaboración con los patrones y con el Estado, que introducen en toda acción de huelga.

Pero para los proletarios luchar es imprescindible y ejercer la defensa de clase organizada (como lo son los piquetes, etc.) contra sus enemigos es la única opción para que las huelgas tengan la posibilidad de lograr sus objetivos, entre los cuales no deberá faltar nunca la lucha contra la competencia entre proletarios. Sólo así los proletarios podrán resistir a la guerra que la burguesía les hace a diario y pondrán las bases para una efectiva reorganización clasista en defensa exclusiva de sus intereses inmediatos y futuros.

8 de Noviembre de 2013

**Partido Comunista Internacional
(El Proletario) - www.pcint.org**

objetivo es garantizar la colaboración de la mano de obra en la buena marcha de los negocios, como los partidos mal llamados obreros, tienen como función acompañar la reacción de la clase proletaria a las exigencias que plantea la economía del país, es decir, a la correcta y rentable extracción de plusvalía, al mantenimiento de la explotación proletaria en busca de un beneficio que la crisis hace cada vez más difícil.

Esta política de colaboración entre clases, que tiene su máxima expresión en la democracia mediante la cual la burguesía hace participar al proletariado en el mantenimiento de su dominio de clase, no es ninguna novedad. En todas las potencias occidentales y, posteriormente, en el resto del mundo, la inclusión de los sindicatos en el aparato del Estado es un hecho constatable desde que, al finalizar la II Gue-

rra Mundial, las democracias victoriosas heredasen punto por punto los métodos con que el fascismo había contribuido a liquidar la lucha revolucionaria del proletariado. Esta integración de la herencia posfascista ha tenido su sustento material tanto en el relativo bienestar que la reconstrucción económica post bélica pudo generar como en la política de concesiones que la burguesía llevó a cabo en lo que se refiere al nivel de vida, consolidando un margen de actuación para el oportunismo político y sindical que se encontraba en condiciones de lograr pequeñas mejoras de tipo laboral, salarial, etc. para algunos estratos de la clase obrera. A medida que el desarrollo productivo de la post guerra aumentaba exponencialmente, se levantaban las vías por las que ciertas capas del proletariado eran elevadas por encima de la situación de miseria

inmediata en que habían vivido, regularmente, desde su aparición en la historia.

El caso no fue diferente para España. La desaparición del régimen totalitario del franquismo, dotado de sus sindicatos verticales, tolerante con la oposición política llamada moderada y duro con aquella llamada subversiva, dio lugar a un nuevo régimen democrático en el cual los sindicatos se vinculaban directamente al Estado, si bien ya no como lo hacía el Sindicato Vertical formando parte de él sino ensambándose en su estructura a través de convenios, subvenciones, pactos, participación en organismos mixtos o responsabilidades administrativas, etc. Mientras, los partidos políticos juraban lealtad al sistema constitucional y a las leyes fundamentales de este. He

(sigue en pág. 6)

La vía tortuosa ...

(viene de la pág. 5)

aquí el sentido de la afirmación «*atado y bien atado*».

La colaboración entre clases, organizada y guiada por el oportunismo político y sindical, tiene por tanto su base material en el origen de su forma jurídica. La actual crisis económica viene a sumar sus efectos a los de aquellas vividas en las décadas pasadas, si bien su fuerza ha sido mucho mayor. El desmantelamiento definitivo del llamado Estado del Bienestar genera, de manera natural, que aparezcan grietas en esta colaboración interclasista, pues por parte de la burguesía y ante la crisis de sus negocios, ya no es posible ni deseable, en la medida en que debe utilizar todos los recursos de que dispone en la guerra de competencia que libra contra sus rivales nacionales y extranjeros. En cierta medida, un determinado nivel de enfrentamiento se vuelve irremediable y la burguesía lo asume recurriendo a los resortes represivos, políticos y sindicales de que dispone para guiarlo por caminos que no afecten, de ninguna manera a sus intereses. En este punto aparece el despliegue de la fuerza de los llamados agentes sociales, que disponen toda una serie de medidas para reforzar, incluso mediante la protesta, el sistema democrático y la confianza en que la cohesión y la paz social representan algún tipo de garantía para el proletariado.

Todas las luchas que han tenido lugar en los últimos tiempos y que han obtenido una aceptación mayoritaria incluso por parte de amplios estratos de la burguesía, han estado abocadas al fracaso desde un primer momento. Y esto por dos motivos. En primer lugar porque su dirección apuntaba, únicamente, a exigir el retorno a una supuesta fase idílica del capitalismo español en el que la vida de los ciudadanos (no la de los proletarios, ni tan siquiera la de los obreros) habría estado garantizada, en la que el Estado, que no habría tenido en ningún caso carácter de Estado de clase sino de garante del bienestar, propiciaba una existencia «digna» para todos. Desde este punto de vista, la crisis capitalista es consecuencia de la avaricia de una parte de la burguesía que rompe el contrato social y el mismo ordenamiento jurídico burgués permitiría hacer entrar en razón a la facción díscola y que todo vuelva a su cauce. En esa perspectiva, el proletariado debería luchar, por tanto, por reforzar sus cadenas, por someterse a las necesidades de la pro-

ducción capitalista, de cuya satisfacción podría obtener las migajas que le permitan una existencia más soportable.

Por otro lado los medios y los métodos de estas luchas han estado marcados siempre por el imperativo de no afectar en absoluto a las necesidades de la economía nacional. En los términos en que se expone el problema, esto significa no dañar económicamente los negocios de la burguesía. Es por ello que se han convocado paros generales de 24 horas con meses de preaviso, respetando los servicios mínimos, garantizando la «normalidad» en las jornadas de huelga, etc. Es por ello que en los conflictos locales todo el esfuerzo de los sindicatos ha estado dirigido a aislar a los trabajadores que participaban en él del resto de proletarios de la fábrica, la ciudad o la región, impidiendo la unión en que reside la verdadera fuerza de la clase proletaria. Con fines, medios y métodos encaminados a apartar al proletariado de la lucha de clase, a volver ineficaces sus luchas, a consagrar el respeto por la democracia y la convivencia con la burguesía como principio rector de cualquier práctica, el objetivo ha consistido en desorientar al proletariado, en alejarlo de sus objetivos de clase y de sus verdaderas posibilidades de victoria, que pasan siempre por tender a su unificación, combatiendo la competencia entre proletarios para minar la principal fuerza que la burguesía ejerce contra él.

Pero esta capacidad del oportunismo para controlar la reacción de la clase obrera ante la terrible situación que padece y que se agrava con cada día que pasa, tiene sus límites. Incluso cuando hace huelgas, se manifiesta, lucha de una manera u otra, con fines y medios tergiversados, la clase proletaria va extrayendo una experiencia de sus propios actos. Y esta experiencia no puede sino evidenciar los nefastos resultados que ha obtenido hasta ahora, convirtiéndose en un motivo más de tantos que aumentan la tensión.

Los recientes conflictos sucedidos en distintos puntos del país, la huelga de limpieza urbana de Madrid, la huelga de los trabajadores de Panrico en Catalunya, o la más reciente de los basureros en Alcorcón, muestran una nueva determinación a resistir a las agresiones de la patronal y el Estado a la vez que una tendencia a romper con la tónica derrotista imperante hasta el momento.

En todas ellas se ha manifestado, en primer lugar, la negativa por parte de los proletarios implicados a contemporar con las exigencias de la empresa o la Administración Pública de

la que depende esta. De esta manera, el habitual ciclo de negociaciones que forma parte de la estrategia para desmovilizar y quebrantar la fuerza de los trabajadores mediante una incertidumbre letal auspiciada por los sindicatos representativos y otros agentes sociales, ha sido sustituido, prácticamente de inmediato, por el paro y la movilización, muchas veces saliendo del ámbito de la empresa. En segundo lugar ha aparecido una gran fuerza para la lucha constituida por la determinación a proseguir ésta más allá de las habituales ofertas y contra ofertas que los protagonistas de las negociaciones han realizado. Se ha manifestado gran claridad acerca del alcance de las propuestas que la empresa realizaba y que los sindicatos vinculados a esta parecían aceptar: la experiencia ha mostrado que las cesiones en términos cuantitativos (x despidos hoy, mañana ya se verá) llevaban a ceder en todos los puntos porque otorgan el tiempo necesario para que la patronal organice sus fuerzas de choque. De esta manera se salvaban de nuevo las nefastas consecuencias de la división de los proletarios en función de su edad, su asignación a un sector u otro, su antigüedad en la empresa, etc. Finalmente se han impuesto unos medios y unos métodos de lucha efectivamente capaces de imponer las exigencias de los trabajadores implicados, porque rompían con el marco que la ordenación jurídica burguesa ha dispuesto para que las luchas se desarrollasen sin afectar a la producción. De esta manera, a la huelga indefinida se ha sumado el no respetar los servicios mínimos, la extensión del conflicto mediante piquetes, manifestaciones en los barrios obreros, etc., la comunicación a otros sectores proletarios, etc. Y un paso más, incluso, llegado el momento en que la patronal ha intentado romper la huelga con la acción policial, se ha extendido la solidaridad mediante cajas de resistencia, apoyo a los trabajadores detenidos, etc.

Estas huelgas han sido síntoma de una situación en la que el oportunismo político y sindical tiene que realizar inmensos esfuerzos por contener a los trabajadores. Éste, ha tenido que dejar lugar a sus vertientes más aparentemente radicales para poder seguir marcando el ritmo a los proletarios y colocarse finalmente a su cabeza con el fin de controlarlas dentro de unos límites aceptables para la burguesía. Pero el hecho de que hayan resultado sintomáticos, de que en ellos se hayan manifestado tendencias a la ruptura de la paz social, no quiere decir que estos conflictos constituyan de por sí la reanudación de la lucha de

clase proletaria. Se trata de episodios aislados en los que la fuerza inicial de los trabajadores, que reaccionan ante una situación material terrible, obliga a los sindicatos colaboracionistas y a los partidos oportunistas a adoptar un halo radical no tanto para colocarse al frente de ellos como para desviar este impulso hacia objetivos compatibles con las exigencias burguesas. Esta forma de *desnaturalización* de la lucha inicial no tiene como fin hacer derrotar a los proletarios que luchan, ya que incluso en situaciones extremas es la propia burguesía la que acepta negociar condiciones ventajosas para los obreros. El fin último consiste, siempre, en impedir la generalización de la lucha proletaria a través de medios y métodos clasistas. Esta generalización pasa por extraer de las experiencias de lucha la lección de que la clase proletaria se encuentra irremediablemente enfrentado a la clase burguesa como consecuencia de su posición en la sociedad capitalista y que, por tanto, no debe existir ninguna contemporización entre los intereses de una clase y la otra; que, consecuentemente, la lucha de clase es imprescindible para garantizar la mera supervivencia física de los proletarios independientemente de las necesidades económicas de la burguesía, independientemente del tan cacareado «bien común», etc.

Las huelgas que han tenido lugar recientemente pueden significar jalones en este camino, pero en todas ellas la fuerza de los agentes de la burguesía en el seno del proletariado ha exprimido al máximo su capacidad de colocarse en el centro de la experiencia de los proletarios involucrados de manera que, sencillamente, pese a su aparente radicalidad, los conflictos han quedado de nuevo enmarcados en los límites locales y corporativos, privándolos de su significación completa a ojos del resto de los proletarios.

Este hecho, que refleja una debilidad objetiva de la clase trabajadora, deberá ser superado a medida que los mismos organismos sindicales y políticos que la burguesía controla para encauzar el descontento que genera su dominio de clase, vayan sufriendo un progresivo desgaste en las situaciones en las que los proletarios les fuerce a ir más allá de los límites que tienen impuestos. Es una situación que puede empezar a vislumbrarse hoy y es debido a eso que la misma burguesía pone en juego los recambios que deberán permitir funcionar correctamente el engranaje de la colaboración entre clases. Es-

tos recambios no son otra cosa que el amplio abanico de organizaciones políticas y sindicales situadas a la izquierda de las habituales y que comienzan a tomar el testigo en la dirección de las luchas obreras, las huelgas, etc.

Existe hoy, y cada vez se manifestará con más fuerza, una corriente de regeneración de estos organismos que hasta hoy eran promovidos institucionalmente. Esta corriente, que cuenta en sus filas con los sindicatos libertarios, los nuevos estalinistas y los grupos de corte trotskista con afanes parlamentarios, calca punto por punto la política habitual de sus predecesores, añadiéndole un tono más combativo, con más presencia en la calle, poniendo en marcha incluso acciones de corte violento como fórmula de 'reformismo con cóctel molotov' que busca atraerse a los jóvenes proletarios hastiados del legalismo y el pacifismo dominante. Los grupos, reagrupamientos, plataformas, federaciones, etc. que buscan colocarse a la cabeza del malestar existente exaltan como una fortaleza precisamente la debilidad del proletariado, apuestan por la lucha más contundente para conducir de nuevo el conflicto a la mesa de negociaciones de los comités de empresa, las comisiones paritarias o el Parlamento.

El peligro para el proletariado reside, entonces, en los cantos de sirena de la falsa radicalidad de esta corriente, que busca únicamente colocarle con más fuerza bajo el yugo del oportunismo.

Para el proletariado la vuelta al terreno de su lucha de clase será una victoria, independientemente de los éxitos o los fracasos que pueda obtener en una u otra situación particular. Será una conquista que realice librando una lucha durísima, en primer lugar con quienes pretenden dirigirla en toda ocasión hacia la práctica de la convivencia con su enemigo de clase. Esta conquista no resultará como consecuencia de la voluntad de ningún grupo o grupúsculo que pretenda acelerarla por ninguna vía, sino de difíciles enfrentamientos con el enemigo que abarcaran un largo periodo. Durante dicho periodo ejemplos como los de las huelgas de que hablamos aquí constituyen valiosos ejemplos para pequeños destacamentos de trabajadores que van sacando las lecciones de su propia lucha y combatiendo por generalizarlas. Estos destacamentos tampoco se conformarán de manera lineal ni estarán creados por un molde perfecto que los coloque en una posición ideal desde la que realizar su tarea, sino que surgirán bajo formas diversas y difícilmente predecibles. Lo que sí resulta clara es su función: transmitir a estratos cada vez más amplios de

la clase proletaria la unión en torno a los intereses que le son comunes a todos los trabajadores, independientemente de su país de origen, del sector productivo en el que trabajan, de que tengan o no empleo... y lo harán generalizando medios y métodos de lucha que evidencien la necesidad de romper con la política de claudicación ante la burguesía.

En 1848 el *Manifiesto del Partido Comunista* afirmó que el proletariado *no tiene nada que perder* salvo sus cadenas. Pero estas cadenas no están forjadas únicamente con la explotación a la que la burguesía somete al proletariado, sino, sobre todo, con la fuerza que el oportunismo político y sindical de todo tipo obliga a los proletarios a renunciar a sus necesidades a favor de aquellas de la burguesía. La ruptura de estas cadenas supondrá un dolorosísimo esfuerzo que de ninguna manera dará resultados inmediatos y que sólo logrará tener éxito a costa de altísimos y durísimos golpes. Pero es la única vía que el proletariado puede tomar si quiere afirmar su independencia de clase, porque sólo desde esa base podrá luchar por su victoria definitiva como clase. *Tiene todo un mundo que ganar.*

le prolétaire

N° 510

(Déc. 2013 - Janv. - Mars 2014)

- Le «Pacte de responsabilité» et les grands organisateurs des défaites ouvrières
- Ukraine: Contre le nationalisme, pour l'union prolétarienne de classe!
- Amadeo Bordiga - Sur le fil du temps. Les intellectuels et le marxisme. («Battaglia Comunista», n° 18, 4-5/11/49)
- Regain d'agressivité impérialiste française en Afrique
- Pour les prolétaires sud-africains la voie à suivre n'est pas celle de Mandela, mais celle de la lutte de classe!
- Venezuela. Seul le prolétariat pourra les résoudre par sa lutte de classe révolutionnaire.
- Le 8 mars, journée prolétarienne et communiste
- Nature, fonction et tactique du parti révolutionnaire de la classe ouvrière (2)
- A propos de l'Affaire Dieudonné
- Correspondance: Menaces d'expulsions de sans-papiers à Mayenne

Precio: 1 euro / 4,5 FS / £ 1,5 / 60
DA/ 10 DH / 500 F CFA
leproletaire@pcint.org

A la muerte de Santiago Carrillo (II)

En el número 2 de este periódico comenzamos a publicar una serie de varios artículos dedicados a la figura de Santiago Carrillo, que falleció hace ya un año. Como exponíamos en la introducción a esa primera entrega, el motivo de estos artículos no es criticar o combatir post mortem a la persona del que fuera jefe indiscutible del estalinismo español. Para el marxismo, los hombres, al actuar políticamente en un sentido u otro, únicamente encarnan fuerzas materiales que se expresan tomándolos como vehículo, para configurar una representación social determinada. Carrillo, como persona o personaje, puesto que en sus últimos años no llegaba a distinguirse lo uno de lo otro, no tiene para nosotros ningún valor, al menos no más que el de cualquiera de los hombres y mujeres que han participado, a favor de la lucha revolucionaria del proletariado. Pero tampoco era nuestra intención, al escribir esta serie de artículos, el rebatir punto por punto las doctrinas que Santiago Carrillo encarnó como su representante más fiel y que fueron todas doctrinas de la contra revolución permanente, independientemente del ropaje con que se revistiesen según la década y el lugar. Estas doctrinas, estas posiciones políticas activas y determinantes en la historia más reciente del dominio de clase de la burguesía, ya han sido expuestas y combatidas por nosotros a lo largo de varias décadas y basta referirse a nuestra revista El Programa Comunista para poder retomar prácticamente todos los argumentos relevantes a este respecto. Real-

En la anterior entrega de esta serie habíamos dejado una IIª República recién constituida, en la cual Santiago Carrillo, como en general todo el PSOE en el cual militaba, cifraba las posibilidades de mejora y progreso de la sociedad española, en el plan republicano que habían colocado en el centro de su programa durante décadas. No en vano el PSOE formó parte tanto de la Conspiración de San Sebastián (en la que las fuerzas burguesas progresistas (republicanos, la oficialidad militar contraria a la dictadura, etc., y significados líderes del movimiento obrero, de CNT y UGT, intentaron derrocar a la monarquía agonizante) como del primer gobierno republicano, en el que Largo Caballero ocupó la cartera de Trabajo. Y no en vano Carrillo, desde su puesto en las Juventudes Socialistas, dedicó sus mejores esfuerzos a convencer a los proletarios de que abandonasen cualquier reivindicación, por mínima que fuese, a favor de la confianza en el recién instaurado régimen. Entiéndase que este esfuerzo persuasivo contaba con el respaldo de los *tiros a la barriga* con que el gobierno republicano-socialista castigaba a los proletarios del campo y la ciudad que no se dejaban seducir por estas propuestas.

Así las cosas, entre la represión más salvaje contra las luchas obreras y la indulgencia absoluta con los militares que se sublevaban para lograr la restauración de la monarquía, las masas proletarias tardaron poco en perder la ilusión

republicana de los primeros meses. En las elecciones parlamentarias de 1933 los radicales de Lerroux lograron alcanzar el gobierno con el apoyo tácito de la Confederación Española de Derechas Autónomas (coalición electoral formada por los partidos de derechas), capitaneada por Gil Robles, que prefirió ceder el puesto de cabeza que le correspondía y dejar el cargo de presidente al antiguo demagogo Lerroux que tanto prestigio había tenido entre los obreros de Barcelona. La abstención proletaria fue masiva, al contrario de lo que había sucedido en las elecciones a cortes del bienio anterior, cuando los votos de la clase obrera determinaron la victoria de las llamadas fuerzas progresistas. El periodo que se abre en este momento y que finalizará con la victoria del Frente Popular en febrero de 1936 está marcado por un aumento del empuje proletario, que tendrá su punto culminante en la insurrección de octubre de 1934 en Asturias, y por el esfuerzo conjunto de la represión burguesa y sus agentes socialistas y estalinistas por encauzar esta fuerza hacia las vías de la colaboración entre clases. En este tiempo la figura de Carrillo aparece, sobre todo, en el segundo de los puntos, participando como elemento activo, dentro de las Juventudes Socialistas, en el proceso de radicalización de la llamada izquierda del PSOE. Pero como este proceso respondió al ascenso de la lucha de clase del proletariado y fue un esfuerzo por contenerlo dentro de los

nuestra intención al publicar los artículos sobre Carrillo era mostrar la existencia de una invariencia histórica del oportunismo, de la permanencia de una lucha denodada para combatir las posiciones del marxismo revolucionario que se ha desarrollado a través de las mismas personas que en el curso de varias generaciones han aportado todo su esfuerzo por llevarla a cabo de acuerdo a las necesidades del momento. Así, elementos del tipo Carrillo (y podríamos decir también la Pasionaria y tantos otros) han ocupado su lugar en el combate anti proletario, pero sobre todo en el combate anti marxista, en las distintas posiciones en las que se les ha requerido, desde el frente de guerra hasta los despachos en que se firmó la Constitución de 1978, mostrando en su persona el hilo blanco de la contra revolución que une las distintas etapas y formas de esta, tal y como han sido expuestas en nuestro texto Tesis Características del Partido.

Ninguna concesión por tanto a concepciones idealistas y voluntaristas de la historia de la lucha de clase del proletariado, que pretenden colocar en el centro de esta a grandes hombres y terribles villanos cuyas fuerzas, y no las del enfrentamiento entre diferentes modos de producción que mueren y nacen, serían las verdaderas hacedoras de la historia. Simplemente nos dedicamos al trabajo de colocar en sus justos términos la verdadera relación entre los hechos para hacer caer sobre ellos el peso del marxismo, que no es historiografía sino doctrina de combate.

límites de la política de defensa del capitalismo que ha estado en la base de toda la lucha «socialista» en España, hay que entender el papel que el propio Santiago Carrillo jugó directamente encaminado a frenar el ascenso de la lucha de clase del proletariado.

LA SUPUESTA RADICALIZACIÓN DEL PSOE

En 1933 Santiago Carrillo es el líder de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas y lo es como representante más destacado del ala izquierdista de estas. Poco después, en 1934 fue elegido formalmente su secretario general, lo cual le colocó automáticamente en el Comité Nacional del Partido Socialista. Como hemos expuesto más arriba, durante este periodo, que se corresponde con los primeros momentos del gobierno de la conjunción radical-derechista, se produce en el país un aumento de la tensión social que se hace palpable en el aumento tanto del número de huelgas como en la misma presión que el proletariado comienza a ejercer sobre casi todos los aspectos de la vida política española. Muestra de esta situación es la situación vivida en Madrid en abril de 1934. En estas fechas el partido Acción Popular de Gil Robles convocó a sus militantes a un gran mitin en El Escorial, un pueblo a escasos kilómetros de Madrid en cuyo monasterio simbolizan la pervivencia del Imperio Español. Con este mitin se pre-

tendía aglutinar a la base social del partido, así como a sus seguidores más decididos, para conformar una política de combate similar a la seguida por el fascismo italiano previamente a su llegada al poder. No en vano Gil Robles, que se hacía aclamar brazo en alto con el grito de *Jefe, Jefe*, organizaba ya escuadras de asalto con camisa verde para hacer frente a la fuerza obrera en la calle mediante la violencia abierta. Era un momento en el que la instauración de la dictadura de Dolfuss en Austria, que había seguido de cerca a la llegada al poder del partido nazi en Alemania, hacía sentir a las masas proletarias en España la posibilidad real de una reacción anti proletaria de tipo totalitario que aglutinase, como pretendía Gil Robles, a la burguesía nacional en torno a un programa de represión contra el movimiento obrero y de fuerte intervencionismo económico para salvar la situación de crisis por la que se pasaba. Con ocasión de la convocatoria del mitin, el proletariado madrileño (tradicionalmente mucho menos combativo que el catalán o el andaluz) declaró la huelga general en la capital e impidió por la fuerza la llegada de la mayor parte de los convocados al acto. Este se truncó y con esto, posiblemente, se acabaron las posibilidades de crear una fuerza de choque en torno a la Acción Popular, que dejaría su sitio en esta tarea a partidos del tipo Falange Española en los años siguientes.

El ejemplo de esta huelga muestra la potencia con que el proletariado comenzaba a manifestarse sobre el terreno de la lucha política a medida que las ilusiones entorno a la llegada de la República se iban deshaciendo. Las fuerzas clásicas del oportunismo político perdían su vigor y los líderes socialistas más apegados a las vías parlamentarias, legalistas y abiertamente reformistas, perdían su prédica entre los proletarios. En este contexto aparece la llamada corriente de izquierdas en el PSOE y en las Juventudes Socialistas. La consigna de esta corriente fue *bolchevizar el partido*. Pero ¿qué significaba esta fórmula tan vaga? En palabras del propio Santiago Carrillo bolchevique «*designaba a los que no habían vacilado en dar la vida, en arros-trar los más grandes sacrificios, en vivir en la más extrema modestia para convertir en realidad el lema de la gran revolución anterior, la francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Los bolcheviques eran los jacobinos de esta época. [...] carecíamos de formación marxista seria. Admirábamos a la Unión Soviética y pasábamos por alto las diferencias en el PCUS, la lucha y la persecución de Stalin contra Trotski y las otras oposiciones*». Es decir, *bolchevizar* el partido era ignorar toda la obra realizada por los bolcheviques por restaurar el marxismo

sobre sus bases justas, toda la obra de combate contra el oportunismo representado por las diversas corrientes pseudo marxistas y, por supuesto, la lucha dada antes, durante y después de la Revolución Rusa para preparar al proletariado internacional para asumir las tareas ineludibles que implicaba el derrocamiento del poder burgués y la transformación socialista de la sociedad, entre las cuales las diferencias que Carrillo pasaba por alto tienen un valor de primer orden. *Bolchevización*, para la corriente de izquierda del PSOE y de las Juventudes Socialistas, no era la lucha doctrinal para combatir la infección oportunista en el movimiento obrero ni la defensa de un programa marxista consecuente con esta lucha que expusiese ante el proletariado la necesidad de la lucha revolucionaria para la toma del poder, como lo había hecho Lenin en *El Estado y la Revolución* siguiendo el hilo que comenzaba ya con las *Dos tácticas de la socialdemocracia*. *Bolchevizar* era asumir una fraseología extremista carente de contenido revolucionario que garantizase la continuidad de la política histórica del PSOE con otros nombres y, no siempre (ahí está el caso de Largo Caballero), con otras personas a la cabeza. *Bolchevizar* el PSOE fue un perfecto ejemplo de que el activismo es en primer lugar una característica del oportunismo reformista y conciliador, que ve que *el movimiento lo es todo y el fin no es nada*.

La llamada corriente de izquierda dentro del PSOE que, dentro de las Juventudes del partido, encabezaba Santiago Carrillo respondió al auge de la lucha de la clase proletaria adoptando un falso radicalismo que le permitió colocarse a la cabeza de los diferentes movimientos de lucha que se desarrollaron en el periodo que estamos viendo. Pero, sin duda, esta maniobra tenía como objetivo contener a las masas que iban avanzando pasos de gigante en su experiencia de lucha contra su enemigo de clase a medida que todas las promesas que los partidos pequeño burgueses republicanos junto con el socialista y las direcciones sindicales de CNT y UGT habían lanzado respecto a la República y a la legislación social de esta que se iba desvaneciendo. El ejemplo más claro de este recambio en la dirección del oportunismo socialdemócrata se extrae al observar cuál fue la política del partido socialista frente a uno de los episodios más importantes de este periodo: la insurrección de octubre.

LA INSURRECCIÓN DE OCTUBRE

Durante el tiempo que transcurre desde el ascenso de Carrillo al Comité Nacional del PSOE hasta el hundimiento

de la Comuna Asturiana en octubre de 1934, el PSOE abandonó, en lo que se refiere a sus posiciones públicas, cualquiera de sus postulados previos acerca de la necesidad de avanzar lentamente por el camino que la lucha parlamentaria y legal permitía. Un aparente cambio brusco se operó en su seno y de las llamadas a la confianza en la función revolucionaria de la pequeña burguesía de 1931 se pasó, de la noche a la mañana, a la defensa pública de la insurrección proletaria como vía de acceso al poder. Si la *bolchevización* tuvo el papel, dentro del PSOE, de desplazar a la anterior dirección que se agrupaba en torno a Besteiro, la palabrería sobre la toma del poder debía lograr ganarse la confianza de los proletarios que cada vez se veían más impelidos a luchar ya no únicamente en batallas parciales, dando al ala de Largo Caballero y Santiago Carrillo una gran fuerza en el movimiento obrero. Por todas partes el PSOE hablaba de insurrección, de abandono de la legalidad e incluso de dictadura del proletariado... y en ningún momento dedicó un átomo de su energía a preparar entre el proletariado las condiciones indispensables para llegar a este punto del enfrentamiento final contra la burguesía. Se llegó a fijar una fecha para la insurrección, el momento en que el gobierno radical permitiese la entrada a ministros de la CEDA (lo que significa: la insurrección cuando el poder burgués lo desee) y se anunció a los cuatro vientos, sobre todo a través de las Alianzas Obreras (coaliciones de partidos de la izquierda y determinados sectores de CNT y UGT), que llegado el momento el PSOE se pondría a la cabeza de la lucha revolucionaria. La insurrección, para el PSOE, no era el punto culminante de la lucha contra la clase enemiga, el momento en el que los destacamentos proletarios organizados por el partido revolucionario se lanzaban a la lucha militar contra la burguesía y su Estado, con el fin de tomar el poder, reprimir a la burguesía organizada y poner en marcha la dictadura del proletariado como forma estatal de la violencia que esta clase se vería obligada a ejercer contra sus enemigos. Si para los bolcheviques, siguiendo a Lenin, la insurrección era un arte, para los socialistas de Carrillo y Caballero esta no era sino un juego de palabras con el que pretendían no quedarse descolgados de la maduración progresiva de la clase proletaria.

El momento de la insurrección llegó. El 4 de octubre el nuevo gobierno de Lerroux daba entrada a la Acción Popular en el gabinete y el PSOE, que a la sazón había formado en los días previos un supuesto «Comité Revolucionario» del que Carrillo formaba parte y prometido a

(sigue en pág. 10)

A la muerte de Santiago Carrillo

(viene de la pág. 9)

los proletarios que distribuiría armas en el momento preciso, lanzó la orden... de huelga general pacífica. Es decir, pasó de arengar a los proletarios a la lucha final, de incluso ponerle fecha a esa lucha, a declarar que por todo movimiento debía realizarse una huelga general sin violencia con el fin de que el presidente del gobierno, Niceto Alcalá Zamora, reflexionase sobre los acontecimientos y vetase al nuevo gobierno. La palabrería socialista se demostró como lo que era desde un primer momento: un ardid para comprometer a las masas, bien dispuestas a la lucha por un objetivo aun tan nefasto como el propuesto, a no realizar ningún movimiento en espera del día señalado, en el que finalmente sólo se iba a tratar una negociación parlamentaria en la calle en lugar de en las Cortes.

De hecho el proletariado, en varios puntos del país, le tomó la palabra al PSOE. En Asturias, donde la Alianza Obrera había estrechado la relación entre UGT y CNT, la huelga tomó visos insurreccionales hasta acabar, como es sabido, aplastada por el gobierno republicano y su general Francisco Franco, mientras los líderes socialistas huían de la región dejando vía libre a la represión militar. En Catalunya la negativa de CNT a participar en el movimiento lo redujo a una bravuconada en la que se aliaron la pequeña burguesía nacionalista y los partidos de la izquierda como el POUM, sin otra consecuencia que la represión sufrida una vez el gobierno controló la situación. En Madrid, donde la insurrección debía de tener su centro neurálgico, donde Carrillo, Caballero y otros líderes del PSOE como Amaro del Rosal tenían su base de operaciones, la huelga comenzó incluso antes de que el PSOE diese la orden. Los proletarios de los barrios periféricos, especialmente de la zona Norte (zona entonces de reciente población, donde se encontraban los destacamentos más jóvenes y decididos del proletariado de la región), salieron en masa a la calle, esperando el momento en que el PSOE se pondría a la cabeza del movimiento. Tal fue la situación que, durante las primeras horas de la huelga, la fuerza pública (Guardia de Asalto y ejército) ni siquiera intervino para reprimir a los manifestantes. Pero el PSOE no llegó y la insurrección prometida se quedó en tiroteos aislados y uno o dos enfrentamientos con el ejército desfavorables para los trabajadores. La huelga fue un éxito en el sentido de que toda la ciudad quedó paralizada, pero no sucedió nada más hasta que el día 13 los dirigentes del PSOE decretaron la vuelta

al trabajo mientras en Asturias la Legión «*extirpaba la simiente revolucionaria incluso en el vientre de las madres*», tal y como dijo López Ochoa, el más sanguinario de los represores de 1934.

Muchos años después de la insurrección de Asturias, Carrillo, que por entonces ya había vuelto al PSOE del que se marchó en 1936 para ingresar en el PCE, explicó las causas de la derrota de la insurrección de la siguiente manera:

- por un lado, la coordinación entre los miembros del comité revolucionario, que era el encargado de llevar a cabo el plan insurreccional, no fue buena, llegándose a dar el caso de que algunos de estos sencillamente eran contrarios a cualquier tipo de movimiento. Como consecuencia de esto el armamento, los planes de ataque, etc. no estuvieron listos llegado el momento decisivo.

- por otro lado la huelga de los trabajadores del campo que comenzó en junio de 1934 desorganizó a gran parte del proletariado de las zonas extremeña y andaluza. Lo mismo sucedió con las huelgas de Artes Gráficas, la construcción y el sector del metal en Madrid, que según Carrillo daban pretexto al gobierno para recrudecer la represión.

- finalmente, Carrillo expone que ni siquiera los fines del movimiento estaban claros entre los miembros del PSOE que lanzaron la consigna insurreccional.

Todo esto viene a significar que, según quien entonces era miembro del comité revolucionario y el máximo responsable de las juventudes del partido que pretendía tomar el poder en octubre de 1934, la matanza de proletarios que tuvo lugar en Asturias y la represión caída sobre miles de obreros en el resto del país, fue consecuencia por un lado de que los responsables del movimiento sencillamente no querían movimiento. Habiendo incitado a las masas a la lucha, las dejaron completamente solas a la hora de la verdad. Donde los dirigentes socialistas fueron rebasados por sus propias bases el movimiento, desorganizado y aislado, fue pasado a sangre y fuego. Pero lo que es más importante, en todas partes el proletariado quedó profundamente tocado en lo que se refiere a sus posibilidades de organizarse sobre el terreno de la lucha revolucionaria independiente.

La derrota no sólo trajo miles de muertes sino que supuso un retorno a la confianza en la fuerza de la democracia y la colaboración entre clases, algo que daría como resultado que, en apenas poco más de un año, los proletarios volviesen al redil de la alianza con la pequeña burguesía, y esta vez con una

fuerte presencia del partido estalinista que hasta el momento había estado completamente fuera de juego verdadera losa atada en los pies de la clase obrera, en el Frente Popular. El mismo Carrillo lo reconoce: habiendo estado en contra de los fortísimos movimientos huelguísticos de 1934, a estos opuso la insurrección no sobre el plano táctico, único plano en el cual esto hubiera tenido algún sentido, sino para «evitar la represión» de la clase burguesa (¿acaso la insurrección no debía dar lugar a una represión mucho mayor?), es decir, opuso la lucha de clase a la colaboración entre clases, única vía de reducir, que no suprimir, la represión. Meses después consolidaría esta colaboración sumándose al proyecto de Frente Popular sobre la base de la gran alianza antifascista, que despojó definitivamente al proletariado español de cualquier posibilidad de defender una posición clasista independiente tanto del enemigo burgués con camisa azul y boina roja como de aquel que clamaba por el respeto a la legalidad y al orden republicano.

Proletarian

Nº 10 (Winter-Spring 2014)

- To survive the proletarian class must fight against the bourgeoisie and all those who live on the exploitation of wage labor. Only the proletarian class struggle is historically able to end the oppression of man by man and all class divisions through revolutionizing capitalist society from top to bottom!
- Democratic cybersurveillance - «Secularism» against the proletariat
- The «Charter of Québécois Values», an anti-proletarian charter
- The removal of the Morsi government
- Massacre of Muslim Brotherhood demonstrators in Egypt.
- On some political reactions to the impeachment of President Morsi by the Egyptian army
- A new massacre in Syria
- Only the revival of revolutionary proletarian class struggle can stop them and vanquish them!
- Down with the French military interventions in the Central African Republic!
- Slaughter of Proletarians in Bangladesh: Capitalism is the Assassin!
- The «Invariance» of Marxism (2)
- The proletarian suburbs of Stockholm
- Renault-Cleon
- Canada. The Lac-Mégantic Disaster
- The historical class struggle for the working-day (K. Marx)

One copy: 1,5€, £ 1, 3 CHF, US\$ 1,5

¡Abajo la enésima intervención militar francesa en República Centroafricana!

¡Abajo el imperialismo francés!

A mediados de diciembre, el gobierno socialista francés decidió oficialmente enviar varias centenas de soldados a República Centroafricana, que se añaden a varios centenares que se encuentran ya presentes por un tiempo limitado, 6 meses en declaración igualmente oficial. El gran diario burgués *Le Monde* cataloga esto como una «*mentira piadosa destinada a tranquilizar a una opinión pública indiferente*» (1); la experiencia nos enseña suficientemente que las mentiras «piadosas» o no, siempre han acompañado las aventuras imperialistas. Un ejemplo repugnante lo tenemos en esta enésima operación militar. Según el gobierno, Francia no tendría ningún interés en África Central, y que enviaría sus tropas solo para salvar vidas humanas. Defendiendo la lógica de esta nueva expedición, Fabius (ministro francés de relaciones exteriores) invoca un peligro inminente de «*genocidio*» (los ministros socialistas tienen autoridad en la materia; fue en la era de «cohabitación» Mitterrand-Chirac que el imperialismo francés fue juzgado culpable de complicidad activa en el genocidio ruandés); y es bajo esta justificación que el Consejo de Seguridad de la ONU viene de votar una resolución, propuesta por el gobierno francés, para justificar una intervención militar (2). Pero según los medias, ¡hace casi 4 meses que los militares franceses preparaban esta operación!

Y ello es la mejor demostración que el imperialismo francés tiene intereses bien reales en República Centroafricana. Esto no lo decimos nosotros, sino el Partido de Izquierda de Melancon. Más franco que Hollande o Fabius, este partido que se proclama de la oposición de izquierda al gobierno socialista, declara que la intervención militar es «*legítima*» ya que «*el gobierno no intervendría si nuestros intereses no estuvieran en juego. Para ser francos, se trata de uranio simple y puramente*» (3).

República Centroafricana es un país casi tan grande como Francia (622.980 Km²), pero que cuenta con menos de 5 millones de habitantes; territorio esencialmente agrícola, con una población que se encuentra entre las más pobres del planeta. Sin embargo su suelo esconde grandes riquezas, aun cuando no siempre son explotadas debido a su posición geográfica enclavada o bien por falta de capitales. Además de sus diamantes (el escándalo de los diamantes ofrecidos por «el Emperador» Bokassa a

Giscard d'Estaing contribuyó a la caída del presidente francés quien pierde la reelección) y su selva tropical explotada por sociedades francesas. República Centroafricana posee yacimientos de cobre y uranio que todavía no han sido explotados (la sociedad francesa Areva ha retardado la explotación de su mina en Bakuma, debido a la baja mundial del precio del uranio). El país posee también yacimientos de petróleo. En la ruptura del imperialismo francés con el gobierno actual de Bozizé se cita mucho el acercamiento de este a China quien gracias a su agresividad había logrado del gobierno precedente un permiso de exploración para una de sus empresas. Aunque tal vez lo más importante es la ubicación estratégica de un país situado en el corazón de África, que ya en el siglo XIX había sido la razón de su colonización por parte del país de Asterix.

Un país como República Centroafricana que limita con el Congo, Chad, Sudan y Camerún, víctima de graves disturbios amenaza la estabilidad ya frágil de los países del Oeste africano, y donde el imperialismo francés tiene intereses mucho más importantes.

De ahí que, desde su independencia jurídica en 1960, la República Centroafricana jamás ha cesado de estar bajo la dominación económica y política del imperialismo francés que interviene constantemente en su política interior. No vamos a rememorar la dominación francesa de estos últimos cincuenta años en este país, pero hay que recordar sin embargo que los imperialistas franceses, después de haber sostenido al régimen de Bokassa, en especial durante su época megalomaniaca, lo derroca en 1979 (con la llamada operación «Barracuda» propiciada por su amigo en diamantes el presidente D'Estaing), luego que esta había manifestado sus veleidades de independencia (y de amenazar con alinearse a la extinta Unión Soviética) volverán a instalar al antiguo presidente Dacko que en el pasado había sido derrocado por Bokassa, y que en el presente regresaba en uno de los aviones militares donde iban también las tropas francesas.

Pero... durante buena parte del reinado de Mitterrand el verdadero dirigente de la República Centroafricana fue el coronel Mansion, perteneciente a los servicios secretos franceses...

A comienzos de los años 1990, los imperialistas franceses apoyarán «democráticamente» el ascenso al poder de Patassé, incluso interviniendo militar-

mente para defenderlo (1996). En 2003, la Francia imperialista apoyará el golpe de Estado contra el general Bozizé (que cuenta entre sus medallas la masacre de decenas de estudiantes en 1979, bajo el régimen de Bokassa); frente a una serie de rebeliones, las tropas francesas intervendrán en diversas oportunidades para defender su poder. Una fuerza africana «*de paz*» conjuntamente con soldados franceses logrará instalarse en la capital, Bangui. El imperialismo de manera evidente acepta sin chistar la brutalidad y la corrupción del régimen – ¡la brutalidad y la corrupción son necesarias al saqueo imperialista!

Pero las cosas no se quedan allí y en estos últimos tiempos los choques con los intereses imperialistas franceses han resurgido, a tal extremo que, poco después de su elección, Hollande declaraba que con respecto a la fuerza rebelde de la Seleka, los soldados no defenderán el régimen de Bozizé. No obstante, en diciembre de 2012, mientras que los rebeldes de la Seleka, llegando a las puertas de la capital son detenidos por las fuerzas chadianas de la fuerza africana, cientos de soldados franceses presentes en la zona se dirigen a toda mecha hacia Bangui, bajo el pretexto oficial de proteger a los franceses presentes allí; en realidad se trataba de aumentar la presión sobre Bozizé y su régimen. Ante los hechos, se llega a un acuerdo para la formación de un gobierno interino, y Bozizé promete abandonar el poder. Pero no pasarán muchas semanas para que Bozizé falte a su promesa; creyéndose en posición de fuerza con la llegada de soldados enviados por Sudáfrica, atraída por los recursos minerales del país y que arde de ambición por tomar la plaza de los viejos imperialismos coloniales. Pero ello sucede sin contar con la rapacidad del imperialismo francés que no va a dejar las cosas así como así sin reaccionar. Así, las tropas chadianas aliadas de Francia dejan que las tropas de la Seleka recuperen la ofensiva e inflijan una humillante derrota a los soldados sudafricanos, al mismo tiempo que Bozizé logra huir. Desde su entrada en Bangui, los insurgentes de la Seleka solicitan la contribución de las tropas francesas para ayudarles a restablecer la «seguridad» en la capital; pero esto hubiese sido un reconocimiento demasiado evidente de la colusión entre la Seleka y los militares franceses que se limitarán a

(sigue en pág. 12)

¡Abajo la enésima intervención militar francesa en República Centroafricana! ¡Abajo el imperialismo francés!

(viene de la pág. 11)

dejar hacer a la primera. Aun así en pocos meses las fuerzas heteróclitas que componen a la Seleka plantean su autonomía y someterán al país a sangre y fuego; sus abusos de todo género terminarán por exasperar a la mayoría de la población. Es ante esta situación explosiva que el imperialismo francés se decide a intervenir finalmente...

El envío de soldados no es, por tanto, motivado en absoluto por la preocupación de salvar vidas humanas, tal como lo pretende el Partido Comunista Francés quien ha votado por esta intervención en nombre de «la protección de poblaciones civiles» (4); ¡el imperialismo francés ha mostrado incluso a los más ciegos que su interminable lista de intervenciones en República Centroafricana, durante estos últimos cincuenta años, no han sido motivadas más que por sórdidos intereses económicos y geopolíticos! Su dominación sobre este país africano, como sobre los otros, jamás ha aportado otra cosa que sufrimientos, masacres y miseria; directamente proporcional al abarrotamiento de los cofres de los tiburones imperialistas y de las empresas que pillan al continente. Pero no hay peor ciego que el que no quiere ver: ¡los partidos de izquierda fuera del gobierno, tales como el PCF y el PG, son tan pro-imperialistas

como el PS! Desde el comienzo de la intervención militar francesa, las masacres en República Centroafricana han aumentado, y las escenas de linchamiento han tenido lugar sin que los soldados franceses intervengan... A pesar de esta verdadera unión nacional constituida alrededor de esa intervención, los políticos burgueses de derecha o de izquierda no pueden más que constatar su impopularidad entre la población en general y los trabajadores en particular que, siendo por excelencia el blanco de los ataques económicos de los capitalistas franceses, no se encuentran para nada motivados a la hora de sostener los ataques militares de los capitalistas en el extranjero!

Los proletarios de las metrópolis no tienen ningún interés en apoyar las artimañas imperialistas de sus explotadores; al contrario tienen todo interés en oponerse a ellas ya que los capitalistas consiguen de esta forma reforzarse y reforzar su explotación. *Un pueblo que explota a otro, no puede ser libre*, decía ya Marx. La solidaridad con las poblaciones y los proletarios oprimidos por el imperialismo, la lucha contra todas las exacciones del imperialismo, la oposición a todas sus intervenciones militares – que siempre se disfrazan con la prédica pacifista –, no es un deber humanitario o democrático; es una necesidad de la misma lucha proletaria de clase!

La lucha anti-capitalista planteada aquí es la mejor forma de aportar una ayuda real a las masas explotadas y oprimidas centroafricanas y de otros países, debilitando al pulpo imperialista que las estrangula, antes de abatirlo de una vez por todas.

¡Abajo la intervención imperialista en República Centroafricana! ¡Abajo el imperialismo francés!

¡Por la reanunciación de la lucha anti-capitalista! ¡Por la constitución del partido de clase internacional, que dirija y centralice la lucha proletaria hacia la revolución comunista mundial!

24/12/2013

Partido Comunista Internacional
www.pcint.org

(1) *Le Monde*, 19/12/13

(2) Debido a sus dificultades económicas, el gobierno francés busca la ayuda de sus «asociados» imperialistas europeos, americano y onusiano. Pero estos no se sienten muy entusiasmado para meter la mano en el bolsillo y socorrer al imperialismo francés a mantener su patio trasero africano...

(3) cf <http://www.lepartidegauche.fr/actualites/edito/la-centrafrique-l-armorique-26204>

(4) Declaración del PCF en el parlamento, 10/12/2013 Cf <http://www.comunistes-republicains-partidegauche.assemblee-nationale.fr/expressions/intervention-en-centrafrique>

Notas sobre el sindicalismo a base múltiple

En 1910 tuvo lugar el congreso fundacional de la Confederación Nacional del Trabajo. A él confluyeron las corrientes que poseían un mayor peso dentro del movimiento obrero, que entonces tenía su centro principal en Catalunya donde la alta concentración industrial, en relación al resto del país, y una cada vez más densa clase proletaria había dado lugar a un asociacionismo obrero de mayor rango que el existente en otras zonas como Andalucía o Madrid.

La fuerza de este asociacionismo, que había sobrepasado ya el estado elemental de «mejora física y moral» de los trabajadores, instaba a los proletarios a dotarse de una organización general que pudiese oponer la fuerza organizada de los trabajadores asociados a la de la poderosa burguesía catalana. Unos años antes la Federación Solidaridad Obrera, ya había comenzado un trabajo de propaganda y organización entre los diversos núcleos obreros de Catalunya (y en me-

nor medida del resto del país), que precisamente culminó con la convocatoria del congreso de 1910.

De hecho, ya existía un gran sindicato nacional que agrupaba a trabajadores de todo el país, la Unión General de Trabajadores, pero existieron una serie de factores que determinaron la conformación de una nueva central.

El primero de ellos es que existían diversas corrientes políticas con fuerza dentro del movimiento obrero que rechazaban la vinculación directa que existía entre PSOE y UGT, como por ejemplo los republicanos de Lerroix, que entonces gozaban de un gran prestigio entre los obreros de Barcelona por su programa anti clerical y contrario al nacionalismo de la burguesía catalana. O los sectores anarquistas que, después de varias décadas consagrados a la propaganda por el hecho, comenzaban a plantearse la necesidad de integrarse en organizaciones obreras. Pero principalmente era la

corriente sindicalista revolucionaria la que planteaba la necesidad de organizar las fuerzas obreras al margen del sindicato socialista.

El segundo factor, sin duda el más importante, era la supeditación de la UGT a una política de colaboración entre clases prácticamente desde el comienzo de su existencia. De hecho los principios inspiradores de este sindicato ni tan siquiera reconocían nominalmente la lucha de clases como el centro de su existencia y en ningún momento se planteó la perspectiva de organizar una lucha general del proletariado ni aun por reivindicaciones mínimas.

En resumen, la creación de la Confederación Nacional del Trabajo (que tuvo desde un primer momento la intención de extenderse por toda España y no reducirse únicamente al marco catalán) fue un acto de ruptura por parte de los sectores más resueltos del nuevo proletariado industrial con una política sindical, la de

la UGT, que estaba basada en estratos proletarios muy marcados por la pertenencia a un oficio determinado (tipógrafos, tintoreros, etc.) y condicionada por la tendencia existente entre estos hacia la colaboración con la burguesía, especialmente con la burguesía republicana.

Pero la CNT no fue creada por el sindicalismo revolucionario. Si esta corriente tuvo un peso especialmente significativo ya desde 1910 en el nuevo sindicato no se debió a una preeminencia ideológica sobre el resto de corrientes arraigadas en el movimiento obrero. Cuestiones básicas de esta tendencia, como el apoliticismo, sólo se hicieron preponderantes en el sindicato años después y nunca de manera definitiva. En el congreso de 1910 la fuerza del sindicalismo revolucionario residió en que planteaba una ruptura, punto por punto, con el sindicalismo de tipo corporativo que imperaba en la UGT. Y combatieron contra este sindicalismo dentro de la propia CNT, puesto que también los sectores catalanes de la UGT participaron en el nacimiento de la nueva central.

Uno de los terrenos en el que se desarrolló esta lucha fue el de lo que entonces era llamado como *sindicalismo a base múltiple*. Este consistía en la estructuración de la organización sindical en base a sistemas de ayuda, socorro mutuo, cooperativismo agrícola y otro tipo de actividades destinadas a mejorar las condiciones de existencia del obrero al margen de la lucha reivindicativa.

Se trataba de desviar la lucha de clase del enfrentamiento contra la burguesía hacia actividades que garantizasen una posición relativamente aceptable de los trabajadores afiliados en base al ahorro en cajas de apoyo, sistemas de socorro, seguros laborales, etc. una auténtica labor social que pudiese, unida a la acción política en el marco del Estado burgués, atenuar la tensión existente entre clases sociales mediante la equiparación de los obreros a los patronos.

Este sindicalismo a base múltiple no desechaba las huelgas y otro tipo de acciones reivindicativas sino que aceptaba estas siempre y cuando no fuesen entendidas como una lucha de la clase proletaria contra la clase burguesa, sino que se limitasen, como recurso de última instancia, al combate contra algunos patronos concretos que impedían el progreso de la clase obrera no permitiéndoles un desarrollo en los términos pretendidos por el sindicato.

En ciertos sectores de la UGT, que recogían aquí la tradición de las sociedades de resistencia que habían aparecido a mediados del siglo XIX y que fueron objeto de la crítica de la Iª Internacional, el sindicalismo a base múltiple tenía como objetivo *descapitalizar a la sociedad burguesa*, minar su base económica, que

estaría fundada en la desigualdad de ingresos entre proletarios y burgueses, para así lograr gradualmente la supresión del capitalismo. El sindicalismo a base múltiple era concebido, en estos términos, como un ataque directo al capitalismo, preferible a la lucha de clase en cuanto que era más inmediato y permitía obtener unos resultados tangibles a corto plazo que la organización proletaria basada en la lucha reivindicativa no estaba en condiciones de ofrecer.

La constitución de la CNT fue una reacción frente a esta concepción, que no era fruto de la elucubración personal de ningún ideólogo obrerista de tantos que propugnaban recetas infalibles para la desaparición del sistema capitalista (entendido, únicamente, como la existencia de desigualdades entre clases) sino que tenía una fortísima base material en la debilidad de la clase proletaria de España, distribuida de manera irregular a lo largo de todo el país, aún escasa numéricamente y supeditada siempre a la pequeña burguesía y a sus reivindicaciones republicanas.

El sindicalismo revolucionario que se impuso en la central fue una corriente de rechazo frente a la política de colaboración entre clases que predominaba en las fuerzas políticas y sindicales como el PSOE y la UGT. En el terreno de la lucha política, mediante la negación de la función del partido de clase, entendido como fuente de corrupción y desnaturalización de la clase obrera y, en el sindical, mediante la reivindicación de la organización general de la clase y la acción directa como vías para afrontar la fuerza de la burguesía.

Se trató de una reacción que pretendió combatir el oportunismo combatiendo la lucha de clase, es decir la lucha política, y colocando en su lugar la organización de los trabajadores en cuanto productores, con la misma forma que estos adquirirían en la fábrica, haciendo del hecho de que en el sindicato únicamente ingresasen trabajadores una pretendida vacuna contra el virus del reformismo y la colaboración entre clases.

Para los marxistas esta jamás será la vía para combatir al oportunismo, que de hecho tiene su fundamento en la negación del partido como órgano necesario de la clase proletaria para la lucha revolucionaria. Colocándose en la posición de negar el partido, luego la constitución del proletariado en clase organizada con el fin de derrocar el poder burgués, el sindicalismo revolucionario se ha situado siempre sobre el mismo terreno que el oportunismo de cualquier clase y jamás ha constituido una garantía de ningún tipo, no sólo contra las desviaciones teóricas y políticas, sino tampoco contra el surgimiento de nuevos líderes obreros que vienen a ocupar el lugar de los antes

vilipendiados por corruptos y siguen su estela de pactos con la clase enemiga.

1936 fue en España la prueba de fuego para esta corriente. Y no la superó.

Pero si el oportunismo, político y, en este caso, sobre todo sindical, tenía y tiene unas bases históricas bien firmes, el surgimiento del sindicalismo revolucionario también. Se encuentra asociado al surgimiento de una clase obrera más desarrollada y compacta, especialmente en la zona catalana que, trabajando en grandes manufacturas donde se habían perdido las cualidades del oficio conservadas en el trabajo semi-artesa-

(sigue en pág. 14)

Il Comunista

No 133

Novembre 2013 - Gennaio 2014

Nell'interno

- Il partito di classe del proletariato, indispensabile e decisivo non solo nella lotta rivoluzionaria per la conquista del potere politico e per la trasformazione economica della società, ma anche nella lotta di classe del proletariato sul terreno della difesa immediata dagli attacchi convergenti delle forze borghesi capitaliste ed opportuniste
- I proletari sudafricani non ereditano nulla da Mandela, leader antiapartheid: devono conquistare, come sempre, il terreno della lotta di classe anticapitalistica
- Sul «Movimento 9 dicembre», tra spinte individualistiche e reazionarie, spontaneità rabbiosa e illusioni democratiche e costituzionali
- La donna e il socialismo (7) di A. Bebel.
- Arduo lavoro di difesa delle linee programmatiche, politiche, tattiche e organizzative del Partito nella vitale critica marxista dell'imperialismo capitalista, nel bilancio dinamico del movimento comunista internazionale e nella prospettiva della futura ripresa della lotta di classe. Il Partito Comunista Internazionale nel solco delle battaglie di classe della Sinistra Comunista e nel tormentato cammino della formazione del partito di classe (Riunione Generale di partito, Milano 7-8 dicembre 2013).
- La teoria marxista della moneta (RG di partito, Marsiglia 1967)

Periódico bimestral. Precio del ejemplar: 1,5 €; £ 1; 5FS; Suscripción: 8 €; £ 6; 25 FS; Suscripción de solidaridad: 16 €; £ 12; 50 FS.

Notas sobre el sindicalismo a base múltiple

(viene de la pág. 13)

no que existía hasta el momento, donde el contacto con el patrón y con los elementos de la pequeña burguesía ya no era tan frecuentes y no infecta tanto el cuerpo obrero, donde por tanto las quimeras de salvación proletaria mediante el ahorro y la cooperación mutualista se vienen abajo al ritmo de la maquinaria, de la cual el obrero sólo es un apéndice.

El combate contra el sindicalismo a base múltiple fue un combate contra la sumisión del proletariado a doctrinas pequeño burguesas de progreso y mejora social dentro de la sociedad basada en el salario y la propiedad privada. Fue una respuesta, tibia y ciertamente desviada por las conclusiones que entrañaba, a la concepción de que la expropiación de los expropiadores se realizaría convirtiendo al obrero, de alguna manera, en poseedor de un cierto capital, si bien regulado por el sindicato. Si el contenido de la doctrina del sindicalismo revolucionario no dista de hecho mucho de esta concepción (se puede leer sobre este aspecto nuestro opúsculo *Los fundamentos del comunismo revolucionario*, en las Ediciones Programa) la forma en la que libró su combate tiene aún hoy un gran valor como experiencia en la maduración de la clase proletaria.

Hoy día el proletariado se encuentra ausente como clase incluso en el terreno de la lucha inmediata sobre el cual se libró la lucha contra el sindicalismo a base múltiple. Cerca de 80 años de contra revolución permanente, en la cual las democracias salidas de la II Guerra Mundial han aprendido perfectamente la lección dictada por la liquidación del partido comunista y la integración de las organizaciones sindicales en el cuerpo estatal, han dejado a la clase obrera sumida en una práctica cotidiana de colaboración con la burguesía en todos los ámbitos.

El proletariado ha perdido, sin su partido revolucionario, el hilo que le unía a la historia de su lucha de clase y, con él, el balance de sus victorias y sus derrotas. Es por ello que no se colocan sobre sus justos términos problemas aparentemente novedosos que podrían perfectamente reducirse a un denominador común con aquellos que ya se afrontaron hace décadas.

Hoy, cuando los proletarios se ven impelidos a luchar contra las condiciones de existencia degradadas a las que el capitalismo les somete, se enfrentan de nuevo a cuestiones como las que planteaba el sindicalismo a base múltiple.

En cualquier lugar donde aparece un conflicto en el que se ven involucrados trabajadores de un sector, una empresa o una localidad determinada, las antiguas recetas reaparecen con ropajes nuevos. Y debido al aislamiento, a la dispersión y, en definitiva, a la debilidad de la clase obrera estas parecen tener eco entre los pequeños grupos de proletarios que se organizan para luchar. Ciertamente no se escucha hablar de sociedades de socorro o de mutualidades, pero sí que aparecen propuestas cooperativistas en la producción y el consumo o cajas de solidaridad interna (y no para la lucha de clases), incitaciones a la ocupación de casas como solución al problema de la vivienda y otras prácticas... siempre con la falacia de que estas constituyen un ataque aquí y ahora a la economía capitalista, una reproducción a pequeña escala de la expropiación de la burguesía que está inscrita en el programa histórico de la revolución proletaria.

La promesa de resultados concretos a cortísimo plazo planea sobre todas ellas y pretende colocarlas por encima del enfrentamiento entre capital y trabajo. Según estas nada novedosas concepciones, sería posible que los proletarios destruyesen el sistema capitalista simplemente escapando de su condición de proletarios, robándole los medios de producción y subsistencia a los propietarios aislados, construyendo pequeñas parcelas autónomas para subsistir en ellas, creyendo que la ocupación de una casa o la autogestión (auténtico sin sentido histórico, económico y político) de una fábrica o unas hectáreas de tierra supone la negación de la propiedad privada.

La ilusión de un capitalismo sin proletarios vuelve sobre la escena como un obstáculo más a la difícilísima reanudación de la lucha de clase. El sindicalismo a base múltiple, barnizado ahora con una capa superficial de radicalidad, aparece para combatir la lucha clase contra clase del proletariado, cuando había sido esta última la que había resultado en todos los terrenos una conquista contra la utopía reformista y la que había dado una contribución de la mayor importancia a la organización del proletariado.

En su obra *El Proletariado militante*, Anselmo Lorenzo, internacionalista de la primera hora y fiel a la lucha proletaria hasta que murió, no expuso su biografía personal sino la historia de las primeras páginas de la lucha de clase en España. Y en ella escribió, refiriéndose a la cuestión de este artículo:

Así, vemos al reformismo, falsean-

do el concepto racional de la economía, recurrir al ahorro, que escatima céntimos del mezquino e insuficiente jornal, para el mutualismo en la enfermedad o la jubilación en la vejez, o el crédito en la crisis de trabajo; **a la cooperación, para exceptuarse de la explotación mercantil, para realizar una ganancia y hasta obtener recursos que destinar a la propaganda y a la misma resistencia, estableciendo la huelga sobre la cuota destinada al subsidio del huelguista.**

El subrayado es nuestro y si bien Anselmo Lorenzo no comulgó con las posiciones marxistas, en este párrafo condensa las lecciones de toda una vida de lucha revolucionaria aplicándolas tanto contra los que ayer sí se pretendían marxistas y no lo fueron nunca, como **contra los que hoy, pretendiendo inventar fórmulas nuevas, caen en el viejo oportunismo de entonces y de siempre.**

Suplemento Venezuela N° 18 al N. 50 de «el programa comunista» Marzo de 2014 En este suplemento

- ¿Después de Chávez, qué? De nuevo la figura tutelar del padre salvador -salvador del capitalismo evidentemente...
- Ni el gobierno chavista ni la oposición derechista podrán dar salida favorable a las vicisitudes históricas del capitalismo que sólo el proletariado, con su lucha de clase revolucionaria podrá resolver
- Drizzo Losovsky. Naturaleza del reformismo

Precio del ejemplar: Europa : 0,5 €, 3 FS; América latina: US \$ 0,5; USA y Cdn: US \$ 1.



Lampedusa, puerta de un Mediterráneo que el capitalismo ha transformado en un infierno para centenares de miles de inmigrantes proletarios, de desheredados y de prófugos provenientes de países devastados por la miseria, el hambre, las guerras de rapiña y la violencia de cualquier tipo

Desde hace más de veinte años, el Canal de Sicilia se ha transformado en un vasto cementerio que se traga a miles de inmigrantes que, de manera creciente, huyen del hambre y de guerras que asolan a los países de África, Cercano, Medio y Lejano Oriente. En los países donde han nacido las condiciones son inhumanas y es por ello que tratan de ganar la margen que les parece más segura, una tierra donde creen que la esperanza de vida todavía no ha sido sepultada como en los países de los que huyen. Pero, cada vez con más frecuencia estas esperanzas se convierten en tragedia y desesperación. Esto no es una fatalidad, mas una de las consecuencias más típicas del capitalismo que devora seres humanos y territorios, teniendo como único fin desarrollar y salvaguardar un modo de producción dedicado exclusivamente a valorizar el capital, es decir, a aumentar y defender la ganancia capitalista que exige sacrificar, a través de todo género de violencia, la vida de los hombres.



Barcos-carretas esperan en los puertos de Túnez, Libia, Egipto, para ser llenados hasta más no poder de seres humanos que huyen de la desesperación. De estos se aprovechan los modernos negreros que amontonan esta singular carga, luego de haberla despojado de toda pertenencia, para llevarla principalmente a las costas meridionales de Italia, en particular Sicilia, Lampedusa exactamente. Estos viajes «de la desesperación» son el espejo de las condiciones en la cual la sociedad burguesa reduce a la mayoría de los seres humanos: oprimidos y expoliados en su propio suelo por gobiernos sostenidos por una o más potencias occidentales, interesadas exclusivamente en el aprovechamiento de cada recurso, natural o humano, para su propia ventaja económica y estratégica, terminan en las manos de esbirros, esperando de estos últimos obtener un «pasaje hacia Europa», un pasaje hacia algunos países europeos que representan ante sus ojos que no ven las ilusiones de una Democracia cobarde y asesina; una meta de esperanza, de países que al mismo tiempo han sido los más brutales colonizadores de los países de los que huyen y que, hoy, sobre todo en tiempos de crisis económica mundial, alzan todo de tipo de barreras. ¡La Europa burguesa no recibe, más bien expulsa!

Tratados peor que las bestias destinadas al matadero, considerados clandestinos y perseguidos por la policía de cada país, amontonados en campos de cosechas en Libia o Túnez, antes de embarcarse en las susodichas carretas

de mar donde viajan como sardinas en lata, sometidos a todo tipo de vejación y violencia, se lanzan al mar sin ninguna garantía de ganar las costas de Europa pero, cuando lo logran, si sobreviven, son arrojados en prisión por demás superpoblada y casi siempre a cielo abierto. No es casual que se llamen Centros de Identificación y Expulsión (C.I.E.).

Como se sabe, Italia, desde hace algunos decenios se ha convertido en la meta anhelada por estas masas de prófugos y emigrantes que huyen de los países de África y Asia por vía terrestre, pero sobre todo marítima, poco importan los medios y las «modalidades». Los gobiernos de esta, nuestra constitucionalísima y ultra-civil república, poco importa si son de derecha, centro o izquierda, siempre han tenido la misma actitud de fondo: controlar y limitar mediante la fuerza la afluencia de inmigrantes, pero también a través de leyes y acciones de policía, aceptando legalmente una pequeñísima parte considerada útil como mano de obra fácil a explotar a precios muy bajos, y dejando en la ilegalidad y en manos del trabajo negro y la mafia, al resto de la gran masa.

La burguesía, a pesar de sus discursos sobre los derechos humanos, en realidad no tiene ningún respeto por la vida humana; lo demuestran los incidentes y los muertos en los puestos de trabajo, el hambre de poblaciones enteras, las guerras que asolan un país tras otro, la explotación cada vez más bestial del trabajo humano, del territorio y de los recursos naturales cuyo

único fin es el beneficio capitalista, el envenenamiento de la tierra, el agua y el aire, la aparición de viejas enfermedades como el cólera o la tuberculosis y de otras nuevas como los tumores de todo género, además del Sida, la difusión de la violencia como medio no sólo de superación sino también de supervivencia.

El desprecio burgués por la vida humana no le impide crear, para uso propagandístico, organizaciones asistenciales y desarrollar – con costos cada vez más reducidos – actividades asistenciales a través del voluntariado, moderna forma de explotación de la fuerza de trabajo basada en la piedad y la compasión humanas por los pobres y desamparados, gestionada en general por la Iglesia católica u otras entidades religiosas; pero todo ello no soslaya para nada un sistema económico que no tiene por finalidad la satisfacción de las necesidades humanas y de la armonía social, sino las del mercado y del capital cuya constante y progresiva valorización determina, entre otras cosas, la constante y progresiva desvalorización de la vida humana en general y, sobre todo, de las grandes masas proletarias que en esta sociedad son consideradas como puros brazos a explotar o arrojar. Todo ello, en definitiva, no hace sino reforzar el dominio económico y social del capitalismo y, por tanto, de la clase burguesa que lo representa y defiende a todo precio.

Como en otras ocasiones, también

(sigue en pág. 16)

Lampedusa, puerta de un Mediterráneo que el capitalismo ha transformado en un infierno para centenares de miles de inmigrantes proletarios, de desheredados y de prófugos provenientes de países devastados por la miseria, el hambre, las guerras de rapiña y la violencia de cualquier tipo

(viene de la pág. 15)

en los últimos meses una miríada de carretas de mar, botes, viejos pesqueros, y hasta neumáticos, han atravesado el Mediterráneo, en particular, el Canal de Sicilia, con el objetivo de arrojar sobre las costas sicilianas y calabresas a esta desgraciada carga humana. Mas no sólo son las costas de Sicilia, Calabria, la Puglia el objeto de las travesías; frecuentemente, sobre todo en los últimos años, lo han sido también las costas españolas frente al estrecho de Gibraltar, las costas griegas, chipriotas y maltesas.

En algún punto en el horizonte aparecen las embarcaciones, que a menudo naufragan a poca distancia de las costas, esparciendo cuerpos no sólo de hombres sino también de mujeres y niños en las aguas de un mar supercontrolado por la marina militar nada menos que de 62 países! Desde hace por lo menos diez años, las marinas militares occidentales que afluyen al Mediterráneo, a les que se les han unido rusos y ucranianos, presiden el Mediterráneo: radares, medios navales, aéreos, satelitales, utilizados para controlar no menos de 10 mil embarcaciones por día, pero lo que nunca han hecho es echar una mirada en los socavones de los barcos de los modernos negreros, ni prestar ayuda a los naufragos (1).

Huir de la miseria, el hambre, de todas las opresiones, de las guerras y las represiones, para migrar hacia una supervivencia menos horrenda: esta ha sido siempre la suerte de millones de migrantes. La solución a la miseria, el hambre, a toda forma de opresión y a los horrores de las guerras no ha sido ni será jamás aportada por la sociedad burguesa, puesto que la misma pone en el centro no las necesidades de la vida social de la especie humana, sino el mercado, el capital, la ganancia capitalista, la propiedad privada, la ley del valor, es decir, todo aquello que genera opresión social y política en el mundo entero. La opresión capitalista, ejercida por el poder político de la clase burguesa, permite a esta clase monopolizar todo recurso de vida y toda riqueza creada; un poder que es defendido con todos los medios, desde los más hipócritas e ilusorios hasta los más nocivos y mortales, reduciendo

de hecho la gran mayoría de la población mundial a la condición de esclavos permanentes!

Para que viva el hombre, el capitalismo debe morir; para que el hombre viva en una sociedad de especie en plena armonía consigo misma, la sociedad que se nutre de sangre y carne humana para alimentar al capital debe ser destruida; para que el hombre conquiste una relación armónica con la naturaleza, la vida social que destruye hombre y naturaleza debe ser revolucionada. La esperanza no estriba en la atenuación de los efectos más trágicos y horribles del capitalismo, que en determinadas áreas geopolíticas y en determinados periodos puede incluso realizarse, sin que por esta razón se detenga la creciente y cada vez más brutal explotación del proletariado de las áreas periféricas del capitalismo desarrollado; la esperanza de salir de las condiciones de esclavitud salarial permanente, cuyas consecuencias en definitiva se miden en millones de muertos, y de conquistar por fin una vida de hombres reside únicamente en la revolución anticapitalista, y por ello comunista, ya que es la única capaz de golpear mortalmente la causa fundamental de los horrores de esta sociedad: el sistema económico capitalista y la dictadura política de la clase burguesa.

El mes de octubre de 2003, sólo al comienzo cuenta ya, a proximidad de las costas sicilianas y de Lampedusa, otros 376 migrantes y prófugos muertos, entre los que se cuentan muchas mujeres y niños: 13, ahogados por la irresponsabilidad del traficante de hombres que conducía la embarcación que llevaba a bordo a jóvenes eritreos, encallándose a 50 metros de las playas de Catania, que les obliga a arrojar al mar sin saber nadar; y, ni siquiera tres días después, el 3 de octubre, un pesquero con más 500 prófugos eritreos, somalíes y sirios eslora a pocas decenas de metros de Lampedusa, delante de la isla de conejos, dejando un saldo de 363 muertos. Las cifras de los últimos años son escalofriantes: 2.352 decesos en 2011, 590 en 2012, y hasta octubre en curso se cuentan ya 695. Según las macabras estadísticas aparecidas en el sitio Internet *Forteresse Europe*, desde 1988 los migrantes y prófugos muertos a lo

largo de la frontera con Europa representan nada menos que 19.372; sólo en el Canal de Sicilia, sobre las rutas que parten desde Libia, Túnez y Egipto, desde 1994 se cuentan hasta ahora 7.065 (2)

La trágica cuenta de cadáveres recuperados en mar, de dispersos y naufragios fantasmas de los cuales nunca se sabrá nada preciso, se agrega a la de sobrevivientes cuyo tormento no termina puesto que, después de ser salvados de la muerte, no se salvan de la persecución policial que los espera; agolpados peor que las bestias en los CIE y, como son «clandestinos», humillados y vejados por una burocracia cínica y perversa apta a identificarlos (¡el clandestino es un reo!) para expelerlos y regresarlos a los países de los que huyen y en los que sólo encuentran opresión, violencia, hambre, miseria, guerra: ¡La Italia burguesa no acoge, pero encarcela y expulsa!

Y, como en los años y meses precedentes, en los próximos meses las costas meridionales de Italia continuarán siendo la meta de la desesperación de cargamentos humanos: Lampedusa, Scicli, Portopalo, Pozzallo con el tiempo se han vuelto nombres familiares, ligados como están a las tragedias de sobrevivientes y muertos en mar.

La propaganda burguesa continúa en su hipócrita y cínica obra de mistificación, hablando de leyes de inmigración a revisar – como la Bossi-Fini –, de nuevos acuerdos a establecer en la Sede Europa, de reglamentación del flujo migratorio, como si los hombres fuesen mercancías y, en este caso, de mercancías apreciadas primero, y luego almacenadas de alguna manera, antes de desembarazarse de ellas!

La piedad y la natural solidaridad humana que empuja a la población de Lampedusa a socorrer de algún modo a prófugos y migrantes que terminan la desgraciada travesía sobre sus costas, como también los salvamentos en mar, son demostraciones de humanidad que revela la trágica soledad en la cual el Estado deja a las administraciones comunales sumergidas por el problema, pero que al mismo tiempo corroboran que la prioridades a las cuales el Estado dedica sus actividades son de otra naturaleza: el control de sus fronteras, el reforzamiento de medios y tecnología militar que impidan, hoy, la llegada de decenas de miles de «clandestinos» y, mañana, la llegada y desembarco de enemigos en una guerra que potencialmente se acerca cada vez más. No es casual, en efecto, que los verdaderos recursos económicos puestos a disposición del Estado están dedicados al Frontex, es

VIDA DE PARTIDO

Intervención en la asamblea de parados celebrada en Madrid el 23 de noviembre de 2013

1.El paro y la crisis. El paro obrero, que hoy sufren seis millones de trabajadores en España, no es debido, en ningún caso a la supuesta mala gestión de la economía, ya se achaque ésta a los diferentes gobiernos que ha habido desde el comienzo de la crisis o a la «avaricia» de los empresarios. El paro es una consecuencia del modo de producción capitalista, en el cual el trabajo es una mercancía como cualquier otra a excepción de que, a través de su adquisición, el capital genera un valor extraordinario (plusvalía). Cuando este valor no puede realizarse, el capital prescinde de los trabajadores, a los que condena entonces a la miseria. En la crisis capitalista actual esto se muestra de la manera más cruda posible, habiendo pasado de un breve periodo con altos niveles de empleo en los sectores más rentables de la economía a una situación en la cual prácticamente resulta imposible para cualquier obrero encontrar un empleo. El paro, por lo tanto, evidencia la posición que ocupa el proletario en el sistema capitalista: mano de obra explotada cuando es rentable y despojo cuando la economía no requiere de él.

La desocupación es congénita al modo de producción capitalista, desde su nacimiento; nunca ha existido, en la sociedad dividida en clases, un periodo histórico en el cual la desocupación no existiese o hubiese desaparecido completamente. Para imponerse, el modo de producción capitalista debía destruir violentamente la estructura económica existente, basada esencialmente en la agricultura, creando antes que nada masas de campesinos violentamente expropiados, arrojados a la miseria, «liberados» de los vínculos feudales y, por lo tanto, prestos a ser explotados con el sistema del trabajo asalariado según las exigencias inmediatas del capital. Las masas de desempleados siempre han sido utilizadas, desde el nacimiento del capitalismo, para presionar a las masas ocupadas, actuando como elemento esencial de la competencia entre sin-reservas, entre proletarios, contribuyendo de esta manera a rebajar o a mantener bajos los salarios (como se ilustra en el punto 2).

2.Trabajadores con empleo y trabajadores en paro. La diferencia entre ambos es una cuestión meramente transitoria: dado el lugar que ocupa en el modo de producción capitalista

como mercancía a utilizar sólo cuando resulta rentable hacerlo, cualquier proletario es susceptible de verse parado. Pero la relación va más lejos: el conjunto de proletarios en paro de una economía es utilizado como un auténtico ejército de reserva de mano de obra cuya función es devaluar el precio al que se vende ésta en el mercado. De esta manera el paro obrero constituye una fuerza formidable para hacer bajar los salarios de los trabajadores ocupados y con ello contribuye, por otra vía, a aumentar el beneficio capitalista. El paro aumenta la competencia entre proletarios, que junto a la propiedad privada de los medios de producción, a la apropiación privada de la producción y a la fuerza militar concentrada en el Estado- es el arma fundamental mediante la cual la burguesía impone su dominio a la clase obrera. Esta bajada de los salarios puede realizarse de manera directa o indirecta (aumento de la carga de trabajo, de la jornada laboral, etc., a realizar por el mismo salario para los proletarios con empleo). El paro muestra, de esta manera, que la única diferencia entre proletarios con empleo y sin empleo, es que el proletariado ocupado hoy puede encontrarse, de un momento a otro, desocupado y se encuentra en el hecho de que a la masa de proletarios ocupados corresponde siempre una masa más o menos grande de proletarios desocupados, según el periodo de expansión o de crisis del capitalismo, y que el proletariado ocupado hoy puede, de un momento a otro, encontrarse desocupado, mientras el desocupado tiene como destino, la mayor parte de las veces, la vida precaria y de miseria de la marginación; de hecho, el capitalismo determina una relación dialéctica muy firme entre ambos tipos. La ocupación y la desocupación son las dos caras de la misma moneda: el trabajo asalariado.

3.En el capitalismo la existencia de la clase proletaria depende de las necesidades del capital; los intereses de vida y de trabajo del proletariado, chocan objetivamente contra los intereses de vida y de actividad del capital, porque el capital extrae la mayor tasa de beneficio de la intensidad de la tasa de explotación de la clase proletaria (y la tasa de explotación del trabajo asalariado se mide en tiempo de trabajo diario necesario para la supervivencia del proletariado y en tiempo de trabajo proletario diario que el capitalista se apro-

pia: más disminuye el tiempo de trabajo necesario a la supervivencia proletaria, más aumenta la apropiación de tiempo de trabajo proletario por parte del capitalista). Por lo tanto existe una confrontación entre capital y proletarios que el paro vuelve diáfana. Esta confrontación, es una confrontación *entre clases* y no entre una manera u otra de gestionar la economía o entre individuos que pelean por un puesto de trabajo. El proletariado, aunque sólo sea para no verse arrojado a la miseria, debe luchar *como clase*, reconociéndose en las mismas condiciones de explotación y, por tanto, en los mismos intereses de defensa, en primer lugar sobre el terreno inmediato. Debe por tanto entender a la burguesía como un enemigo de clase del que depende su existencia y a la que debe arrebatar, mediante la lucha, cualquier logro que pueda conseguir. Esta lucha, si es organizada sobre el terreno de la defensa exclusiva de los intereses inmediatos proletarios ocupados, jóvenes y viejos, mujeres y hombres, autóctonos e inmigrantes, y uniéndose en la misma organización de defensa a proletarios desocupados tiene, como primer efecto, reducir la competencia entre proletarios, que ya no deben verse como enemigos recíprocos sino como hermanos de clase de cuya unión depende su fuerza. En el interior de esta lucha proletaria inmediata es inevitable que los proletarios ocupados y desocupados, a causa de las condiciones en las cuales son constreñidos por el capitalismo, tengan objetivos inmediatos y parciales muy diferentes entre ellos: pero la fuerza que los proletarios deben conquistar es el resultado de una convergencia que proviene sólo de la efectiva solidaridad de clase entre los diferentes sectores de proletarios, contra los capitalistas y su Estado que explotan la competencia no sólo entre proletarios desocupados y ocupados, sino también la competencia entre proletarios ocupados. Combatiendo tanto la competencia entre los diferentes sectores de proletarios ocupados (entre las distintas categorías, entre el sector público y privado, entre hombres y mujeres, autóctonos e inmigrantes, etc.) tanto como la competencia entre desocupados y ocupados se puede atenuar el efecto de la presión del ejército de reserva de mano de obra ejercida sobre los proletarios ocupados a la vez que se puede contener el empeoramiento progresivo de las condiciones de existencia de los trabajadores en paro.

4.La «lucha obrera contra el paro» no puede consistir en otra cosa que la lucha de los proletarios con y sin empleo para paliar las consecuencias que la explotación capitalista les acarrea, especialmente las referentes a la situación de encontrarse sin medios de subsistencias. No se puede olvidar que a la presión capitalista sobre los trabajadores asalariados se une la obra oportunista, de fragmentación y de debilitamiento de las fuerzas proletarias de las organizaciones sindicales y de los partidos de izquierda que han abrazado completamente la política de colaboración con la burguesía en defensa no de las condiciones de vida y de trabajo proletarias pero en defensa principalmente de las empresas y de la economía capitalista. Por lo tanto «la lucha obrera contra la desocupación», para que no sea una palabra vacía, se debe empalmar con la lucha que los obreros llevan a cabo contra cualquier intensificación de la fatiga que produce el trabajo, contra las horas extra, contra el alargamiento de la jornada de trabajo, contra la nocividad y los ambientes malsanos, contra la falta de medidas de seguridad en el trabajo, contra cualquier vejación o abuso por parte de los jefes y dirigentes de la empresa; y que se extiende en la lucha contra los despidos y contra la reducción de los salarios: lucha que se engarza con las grandes y tradicionales reivindicaciones obreras de disminución drástica de la jornada laboral con igualdad de salario, aumento salarial mayor para las categorías peor pagadas, o salario íntegro para los desocupados. La lucha obrera debe orientarse a arrancar a la burguesía, sea a esta, en conjunto o por patrones aislados, mejoras o, al menos, parar el empeoramiento, de la vida y el trabajo en cualquier situación en la cual los proletarios puedan utilizar su fuerza para defender exclusivamente su existencia y la de sus familias.

5.La burguesía democrática y el colaboracionismo sindical y político, mientras mantienen y defienden el capitalismo con su bestial explotación de la fuerza de trabajo proletaria y el consiguiente y general empeoramiento de las condiciones de vida de las masas trabajadoras, ilusionan a los proletarios con que en el ámbito mismo del capitalismo se puedan encontrar las soluciones a la vida de miseria y de hambre y a la desocupación a través de la iniciativa privada, la constitución de pequeñas empresas artesanas, el trabajo en pequeñas parcelas de tierra, etc. abandonando en realidad a los proletarios a la perspectiva de la caridad y la limosna, de la margi-

nación más terrible. Hay **que desechar tanto** las salidas en forma de autoempleo como aquellas que garantizan la subsistencia únicamente a un grupo de trabajadores asociados. Entre las primeras se encuentra la creación de empresas cooperativas, las formas del llamado «trabajo alternativo» (cultivo de alimentos, autogestión, etc.), etc. Y entre las segundas las vías como la okupación de viviendas, etc. No se trata de que ambas vías no vayan a aparecer y no tengan una importancia considerable en ciertos enfrentamientos, sino que se trata de remarcar que estamos ante de salidas particulares de determinados grupos que no afrontan el problema del desempleo como una cuestión de clase, por lo tanto política, sino que recurren a la perspectiva y a la acción individual para paliar problemas concretos de esta. Además no son vías útiles, si no es para un pequeño número de proletarios y sólo temporalmente y por esta razón tienden a mantener la división y la competencia entre proletarios porque reproducen íntegramente los parámetros en los que se desarrolla el capitalismo. Nunca constituirán una alternativa de lucha general para todos los proletarios.

6.La vía realista que los proletarios pueden tomar para luchar contra la desocupación, vista la ausencia completa por parte de las organizaciones sindicales oficiales en este terreno, es la de organizarse esencialmente como desocupados en torno a una plataforma de reivindicaciones que tienda a unir a la vez a los desocupados y a los ocupados tanto sobre el plano de reivindicaciones como sobre el plano organizativo. Los problemas materiales de supervivencia cotidiana llevan a cada proletario a buscar una manera de resolverlos: por un lado está el método clasista; por el otro, el método interclasista y colaboracionista. El método clasista abre a los proletarios la gran perspectiva de la emancipación del trabajo asalariado, y por tanto del capitalismo, luchando hoy con la mirada puesta en el mañana. El método del colaboracionismo encierra la perspectiva del proletariado en los confines del capitalismo, afirmando como eterno el régimen de la explotación del hombre por el hombre, porque el régimen que produce, tanto en épocas de crecimiento como de crisis, miseria, hambre, desocupación, devastaciones, guerras... para la gran mayoría de los hombres del mundo. Combatir exclusivamente en defensa de los intereses de clase proletarios hoy, con métodos, medios y objetivos de clase, significa defenderse más eficazmente

de los ataques de la burguesía hoy y colocar las bases para abrir mañana la vía de la verdadera emancipación del proletariado. La constitución, por tanto, de organismos clasistas de lucha proletaria como los comités de parados son un paso concreto para reaccionar a una situación completamente negativa y sin vías de salida.

7.El comité de parados debe caracterizarse por:

a) Estar abierto a todos los proletarios, y sólo a los proletarios, sin distinción de sexo, raza, nacionalidad, edad o ideología.

b) Buscar aglutinar a cuantos trabajadores sea posible en torno a unos medios y métodos clasistas que pasen por extender la solidaridad de clase y la unión entre trabajadores, en paro u ocupados.

c) Rechazar el asistencialismo como medio de lucha.

d) Reivindicar el pago de todo el salario para cada desocupado: o salario de trabajo, o salario de desocupación.

e) Participación en las luchas de los proletarios ocupados sobre las reivindicaciones de clase como la reducción drástica de la jornada laboral con paridad de salario, el rechazo de las horas extra y del alargamiento de la jornada laboral, los aumentos de salario sobre todo para las categorías peor pagadas, la lucha contra los despidos y en cualquier caso por un salario de trabajo o de desocupación.

f) No esperar grandes éxitos inmediatos, sino trabajar pacientemente para contribuir a la generalización de la lucha obrera en el problema del desempleo, defendiendo el asociacionismo proletario en todos los ámbitos de actuación, con la perspectiva de una reorganización clasista general del proletariado.

23 de noviembre de 2013

www.pcint.org

e-mail:

elprogramacomunista@pcint.org

**¡SOSTENED
Y DIFUNDID
LA PRENSA
DEL PARTIDO!**

El programa del Partido comunista internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la

producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeñas burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.